

EL
MUNDO ILUSTRADO

R

EL

MUNDO ILUSTRADO

BIBLIOTECA DE LAS FAMILIAS

HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA

TOMO PRIMERO



HIJOS DE FE
SEVILLA

BARCELONA

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES

223, CALLE DE LAS CORTES, 223

Esta publicacion es propiedad de Espasa hermanos.—
Reservados todos los derechos de propiedad artística y li-
teraria.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



EGIPTO.— El padre Nilo en el Braccio nuevo del Vaticano.

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

DON CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO,

Catedrático de la Universidad de Barcelona.

TÁNGER.

I.

Salida de Gibraltar.—Desembarco en Tánger.—Aspecto general de la ciudad.—En la fonda: tipos y conversaciones.—La ciudad á la luz de la luna.

Difícilmente podrian encontrarse dos países más distintos, entre los que por un estrecho se hallan separados, que los existentes á uno y otro lado del de Gibraltar. Y esta diferencia resulta más marcada aun, cuando el viajero que pretende trasladarse á Tánger, toma como punto de partida la ciudad inglesa. En ésta se siente la vida agitada, bulliciosa y espléndida de las ciudades de Europa, de suerte que el europeo, sea el que quiera el sitio de donde proceda, puede respirar el aire de su país, en la semejanza que tienen con los de su patria, muchos de los usos, costumbres y espectáculos á que le es dado asistir. Tres horas más allá el nombre de nuestro continente suena casi como un nombre fantástico: cristiano vale tanto como enemigo: nuestra civilizacion es ó desconocida, ó temida, ó ridiculizada: cuanto trasciende á cultura, desde los principios más rudimentarios de la vida social, hasta las manifestaciones más insignificantes de la vida privada, hállase completamente cambiado, y desvanecido todo aquello que podria acusar la proximidad de Europa. El viajero se encuentra en un país desconocido, al cual nada le une, y en el cual todo lo debe estudiar. Desde la playa se distingue todavía la costa europea; pero el corazon se presume de ella extraordinariamente alejado, cual si aquel estrecho brazo de mar fuese un océano sin límites, y las azuladas montañas que en lontananza descubren fuesen sólo mera ilusion. En el breve espacio de tres horas, háse verificado en cuanto nos rodea, una de las más sorprendentes trasformaciones que puede concebir la mente humana.

Y sin embargo, la emocion que se experimenta al sentar el pié por vez primera en aquel continente inmenso y misterioso, que desde los primeros años de la vida pinta la imaginacion rodeado de peligros, desvanécese ante la manera como se verifica el desembarque. En tanto que desde el buque contemplaba las blancas casas de Tánger que distintamente iban apareciendo, llegaron á mis oídos las siguientes palabras que, un si es no es asustada, pronunció una señora española:—«¿Qué querrán aquellas gentes?»—Miré hácia el punto que indicaba, y junto á las lanchas que venian á nuestro encuentro para recoger á los pasajeros, ví un tropel de árabes andrajosos, semidesnudos y metidos en el agua hasta mitad de los muslos, que con ademan de poseídos, y cual si fuera una cuadrilla de salteadores que viendo la presa codiciada dijera:—«Esta es la nuestra,»—mos-

trábanse el uno al otro la embarcacion. Ignorando lo que aquello fuese, y lo que dichos hombres pudiesen querer, salté como otros á la lancha, no del todo desprovisto de sobresalto y temor. En cuanto nos hallamos á unos veinte pasos de la playa, toda aquella canalla de color de tierra cocida, abalanzóse á las chalupas, y colocándose entrambas manos á la espalda, comenzó á vociferar en árabe entreverado de castellano, hasta tanto que caímos en la cuenta de que, siendo imposible abordar, por carecer el mar de fondo suficiente, no cabia más medio que salvar el espacio llevados por ellos á cuestras, noticia que, sea dicho de paso, disipó el temor que de vernos desbaliados concibiéramos, y devolvió la tranquilidad hasta á los más interesados. Las señoras fueron conducidas á silleticas, como en triunfo, y por lo que á mí toca puedo decir que hice mi entrada en África, montado en un mulato viejo, cuyo cogote acariciaba mi barba, en tanto que lamian mis plantas las bulliciosas aguas del Océano.

Llegado á tierra, confiéme mi mulato á otro ganapan árabe, que enfilando una de las puertas de la ciudad, condújome corriendo por una estrecha callejuela á una hostería existente en ella, de la cual salí inmediatamente, acompañado de un guia, con el propósito de recorrer las calles más frecuentadas.

Lo primero que desde luego llamó mi atencion, y por cierto con más sorpresa de la que podria expresar, fué el aspecto de los habitantes.

Usan todos una larga capa blanca de tejido de lana ó de hilo, con un gran capuchon echado casi siempre sobre la cabeza, de manera que la ciudad parece un vasto convento de padres dominicos. De esos diferentes seres encapados, unos andan lenta, si-

lenciosa y gravemente, cual si trataran de pasar desapercibidos; los restantes permanecen sentados ó acurucados á lo largo de las paredes, delante de las tiendas, ó junto á las esquinas, inmóviles y fija la mirada, como los seres petrificados de sus leyendas. Su especial manera de andar, su singular expresion, el modo como miran, todo es nuevo para nosotros; todo revela un orden de sentimientos y de hábitos completamente distinto del nuestro; una manera de considerar el tiempo y la vida, que en nada á la nuestra se semeja. Aquella gente no parece preocuparse poco ni mucho en sus asuntos, ni del lugar en que se encuentra, ni de nada de lo que junto á ella se realiza. La expresion de su semblante revela al par algo de vago y profundo: diríase que se halla dominada por una idea fija, ó que piensa en algun lugar ó tiempo muy remotos, ó que sueña con los ojos abiertos. En cuanto me hallé en medio de la muchedumbre hirió mi olfato un olor especial, hasta entónces por mí no sentido entre la gente de Europa; no sé de qué, mas nada grato, y que sin embargo díme á aspirarlo con verdadera ansiedad, cual si debiese servirme para darme cuenta de algo desconocido. Al paso que avanzaba, aquellas gentes que me habian parecido iguales, presentábanme mil variedades distintas. A mi lado discurrían rostros blancos, negros, amarillentos, atezados; cabezas adornadas de larguísimo buel's y guedejas, y cráneos rapados y brillantes como esferas de lustroso metal; hombres flacos como



momias; viejos de una ancianidad horrenda; mujeres cuya cara y figura desaparecían bajo los pliegues de un velo de problemática blancura y hecho girones; muchachos con largas trenzas; rostros de sultanes, de salvajes, de nigromantes, de anacoretas, de bandidos, de gente oprimida por una tristeza incomparable, ó por una congoja mortal; pocos ó ninguno sonriente; marchando unos en pos de otros con paso mesurado y silencioso, cual procesion de espectros á lo largo de las calles de un cementerio. No sé por qué, mas á la vista de semejante espectáculo, sentíme con necesidad de fijar en mí mismo la mirada y de decirme:—Soy yo, yo mismo, el que he sido hasta ahora. El suelo que piso es el África, y estos que contemplo son árabes,—y persistir durante algun tiempo en semejante reflexion para convencerme de ello plenamente.

En cuanto lo hube conseguido, empezamos á andar por otras calles. La ciudad es verdaderamente digna de sus habitantes. Inextricable laberinto de callejuelas tortuosas, ó mejor estrechos corredores flanqueados de casuchas menguadas, cuadradas y de blancura deslumbrante, sin ventanas, y con unas puertecillas por las cuales á duras penas pasa una persona: casas que parecen hechas más bien con el intento de esconderse en ellas, que para que sirvan de habitacion, y cuyo aspecto tiene tanto de cárcel como de convento. En muchas de aquellas nada más se descubre que el blanco de las paredes y el azul del cielo: de cuando en cuando uno que otro arco morisco; algun calado y diminuto ajimez; alguna faja de almazarron al pié del muro, ó una mano pintada de negro junto al dintel de una puerta, con el propósito de conjurar el influjo de los malignos espíritus. Casi todas las calles están atestadas de montones de basura, formados de legumbres y verduras medio podridas, plumas, despojos, huesos, no faltando uno que otro perro ó gato muerto, cuyo cuerpo en descomposicion llena el ambiente de emanaciones mefíticas. De vez en cuando se encuentra algun grupo de chiquillos árabes que, sempiternamente encapuchados, juegan ó canturrean con voz gangosa los versículos del Coran; algun mendigo acurrucado; algun moro caballero en una mula; algun borrico, que molido á palos por el árabe que medio desnudo lo arrea, apenas puede con su carga; perros rabones y escualidos y gatos que se transparentan de puro flacos. En todas partes se siente olor á ajos crudos, á humo de teas, á aloé quemado, á resina y á benjuí. Y lo mismo se ve en toda la ciudad, sea la que se quiera la direccion en que se recorra, hallando siempre la misma deslumbrante blancura y el mismo aire de misterio, de tristeza y de pesadumbre.

Después de un breve paseo por las calles, volvimos á penetrar en la plaza principal, por no decir única de Tánger, cortada por una larga calle que, comenzando junto al mar, atraviesa toda la ciudad. Es una plazuela rectangular, rodeada de tenduchos árabes, que parecerian miserables tugurios comparados con las tiendecillas de la más miserable de nuestras aldeas. A un lado se ve una fuente constantemente rodeada de árabes y de negros ocupados en llenar odres y alcarrazas; en otra parte pueden distinguirse ocho ó diez mujeres, que sentadas todo el día sobre el duro suelo, y cubierta la cara con su velo inseparable, venden pan. En derredor de la plaza levántanse las modestísimas casas de las Legaciones extranjeras, que, no obstante, osténtanse como verdaderos palacios sobre la confusa muchedumbre de casucas moriscas. En este espacio reducidísimo se halla concentrada toda la vida de Tánger, que es la vida del más modesto villorrio. Allí se hallan establecidas la única tabaquería que existe en la poblacion; la única tienda

de comestibles; el único café, consistente en una sala que en medio tiene una mesa de billar; y la única esquina en que de tarde en tarde se ve fijado algun anuncio impreso. Allí se reúnen los granujas semidesnudos, los moros ricos y desocupados, los judíos que hablan de negocios, los faquines árabes que aguardan la llegada del vapor, los empleados de las Legaciones que esperan la hora de ir á comer, los extranjeros recién llegados, los intérpretes, los mendigos. Encuéntranse allí el correo portador de las órdenes del sultán de Fez, Mequinez ó Marruecos, y el criado que vuelve de la estafeta con los periódicos de Londres y de Paris; la bella del harem y la esposa del ministro; el camello del beduino y el falderillo de la dama; el turbante y el sombrero de copa; las robustas armonías del piano que brotan á raudales al través de las ventanas de un Consulado, y la plañidera cantilena que se abre paso por entre la puerta de la mezquita. Es en suma el último punto donde llegan los apagados ecos de la civilizacion europea, que se pierden y desaparecen en el inmensísimo mar muerto de la barbarie africana.

Desde la plaza, remontando la calle principal y después de haber atravesado dos antiquísimas puertas, salvamos los muros de la ciudad, cuando comenzaba á anochecer, y nos encontramos en mitad de un espacio abierto cabe el flanco de una colina, llamada Zoco de Barra, en el cual se celebra el mercado todos los juéves y domingos. De cuantos lugares he contemplado en Marruecos, ninguno me ha hecho sentir más profundamente que éste el carácter del país. Es una porcion de terreno desnudo, lleno de altibajos y sinuosidades: á cosa de la mitad de la pendiente se descubre la tumba de un santón formada por cuatro paredes blancas: en la cima un cementerio: algo más léjos algunos piés de pitas y chumberas: debajo los almenados muros de la ciudad. En aquel momento distinguíase junto á la puerta un grupo de mujeres árabes sentadas en el suelo, con montones de hortaliza delante; al lado de la tumba del santón una larga fila de camellos echados; un poco más arriba, algunas tiendas negruzcas y una porcion de árabes sentados y pendientes de la palabra de un anciano que de pié les referia una historia; aquí y allá vacas y caballos; y en lo más alto de la meseta, entre las piedras y los montoncillos de tierra del cementerio, otros árabes inmóviles como estatuas, con el rostro vuelto hácia la ciudad, sumida en la sombra toda su figura, y destacándose las puntas de sus capuchones sobre los celajes que en el horizonte doraban los postreros rayos del sol. Sobre todo el cuadro difundíase una tranquilidad, un silencio, una melancolía de color y de sonido, que sólo podría traducir la voz humana, vertiendo pausadamente palabra tras palabra al oído del que escucha, cual acontece cuando se confía un secreto.

El guia me sacó de mi contemplacion y me condujo de nuevo á la fonda, en la cual la contrariedad que experimenté al verme entre gente completamente desconocida para mí, se mitigó un tanto ante la consideracion de que eran todos europeos y cristianos que vestían como yo. Estábamos en la mesa unas veinte personas, entre señoras y caballeros, de nacionalidad diferente; pero que ofrecían la acabada imágen del extraño cruzamiento de familias é intereses que se realiza en aquel país. Un francés nacido en Argel, esposo de una inglesa hija de Gibraltar: un español de esta ciudad, casado con la hermana de un cónsul portugués, de la costa del Atlántico: un anciano inglés con una hija nacida en Tánger y una sobrinita natural de Argelia: familias errantes de uno ó otro continente ó desparramadas sobre ambas costas, que hablan cinco idiomas, y viven mitad á lo

árabe mitad á lo europeo. En cuanto comenzó la comida, empezóse una conversacion general y animada, ora en francés, ora en español, con una que otra palabra arábica, sobre asuntos completamente extraños y distintos de los que suelen usarse en las conversaciones europeas, tales como el precio de un camello, el sueldo de un bajá, si el Sultan es blanco ó es mulato, si era verdad que habian sido enviadas á Fez las cabezas de diez revoltosos de la provincia de Garet, cuándo llegarían á Tánger aquellos religiosos fanáticos que se comen los carneros vivos, y otras por el estilo que hacían bullir en el pecho el diablo de la curiosidad. Más tarde llególe el turno á la política europea, con aquel no sé qué de incongruente que se observa siempre en la conversacion sostenida entre gentes de países diversos, y aquellas frases huecas y de cajon con que se habla de una política que no se conoce á fondo, y que se reducen á fantasear alianzas y guerras fabulosas que carecen de fundamento. Despues de lo cual la conversacion vino á recaer sobre el asunto inevitable de Gibraltar, la gran Gibraltar, el centro de atraccion de todos los europeos de la costa, donde se envía á los hijos para que se instruyan, donde se vá á comprar el vestido, y á encargar un mueble, y á oír la ópera, y á respirar una bocanada de aire europeo. Por último tocóle su turno á la próxima salida de la embajada italiana á Fez, con lo cual cúpome la grata satisfaccion de saber que el asunto era mucho más importante de lo que me había figurado; que no se hablaba de otra cosa en Tánger, y en Gibraltar, en Cádiz, en Málaga y en Algeciras; que la caravana se hallaba á muy corta distancia, y que formaban parte de la expedicion, pintores italianos, y como no podia ménos de acontecer, *un representante de la prensa*. Oyendo lo cual abandoné silenciosamente la mesa, y me alejé con paso mesurado.

Un poco más tarde, entrada ya la noche, quise dar otra vuelta para contemplar la ciudad dormida. No se veía un mal farol en parte alguna, ni una ventana iluminada, ni una miserable rendija al través de la cual pasara un débil rayo de luz: la ciudad parecia desierta, y no recibía más claridad que la que le enviaba el cielo estrellado, sobre el cual, semejantes á inmensas tumbas de mármol, blanqueaban las casas más altas, y se distinguían perfectamente las cúpulas de los minaretes y las desmayadas ramas de las palmeras. Dirigíme á la calle Mayor: las puertas de la ciudad estaban cerradas. Dí la vuelta hácia otro lado: todo cerrado, inmóvil, sumido en el silencio más profundo. Dos ó tres veces tropecé con algo que se me figuró un monton de harapos, y que no era más que un árabe que estaba dormitando.



En repetidas ocasiones me estremecí sintiendo crujir bajo mis plantas plumas y huesos, ó ceder muellemente bajo mis piés materias blandas, que debían ser cadáveres insepultos de perros ó gatos. Deslizóse á mi lado, rozando el muro como un espectro, un árabe encapuchado: á

otro vi pasando como blanca sombra sobre el fondo oscuro de una callejuela: y al doblar una esquina, sin distinguir cosa alguna, llegó á mis oídos un apagado rumor de pantuflos y de capas, que me hizo sospechar si habría turbado algun conciliábulo. Caminando, sólo llegaba á mis oídos el ruido de mis pasos: si me detenía, únicamente podía escuchar el rumor producido por mi respiracion. Parecíame que toda la vida de Tánger se hallaba concentrada en mi persona y que si hubiese lanzado un grito, habría retumbado como el estampido del trueno, de uno á otro extremo de la ciudad. Involuntariamente pensaba en las bellezas árabes dormidas, cabe cuyas moradas iba discurriendo, y en los sorprendentes espectáculos que habría presenciado, si sus muros, como decoracion de comedia, se hubiesen abierto instantáneamente. De cuando en cuando me detenía ante la espléndida blancura de ciertas porciones de pared que, heridas por los rayos de la luna, semejaban iluminadas por la luz eléctrica. En un callejon oscuro encontréme con un negro que se iluminaba con una linterna, el cual se detuvo para dejarme pasar, murmurando algunas palabras que no pude comprender. En el instante preciso en que desembocaba en la plaza, llegó á mis oídos una sonora carcajada que me hizo estremecer: habíanla dado dos jóvenes con sombrero de copa, probablemente dos empleados de Legacion que paseaban hablando. En un ángulo de la plaza, debajo del toldo de una tienda cerrada, una lucecilla moribunda alumbraba confusamente un informe monton de harapos blancuzcos, del cual salía un tenue rumor de guitarra, y una voz dulce, apagada, melancólica, que semejaba la melodía de un cantar, llevado en alas del viento desde muy léjos. Escuchándola permanecí inmóvil durante mucho tiempo, soñando más bien que pensando, hasta que los dos jóvenes desaparecieron y la lucecilla se extinguió, y entónces regresé á la fonda cansado, aturdido, llena la imaginacion de mil sueños y fantasías, y con una percepcion nueva y extrañamente confusa de mí mismo, semejante, segun presumo, y muchas veces me ha ocurrido, á la del hombre que desde la tierra se viese de improviso arrebatado á otro planeta.

(Continuará).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS.

Descripcion metódica, científica y pintoresca de todo lo más notable que encierran los mares del Universo, escrita en vista y consulta de las mejores obras de su clase publicadas hasta hoy día,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

INTRODUCCION.

I.

Antes de que, con el lector, entremos en el vasto imperio de los mares; antes de que, guiados por la luz de la ciencia, descendamos á sus profundos abismos, para podernos dar exacta cuenta de las más admirables maravillas que encierran, detengámonos algunos momentos en cualquiera de sus playas para recordar, siquiera sea someramente, los principios, hasta hoy día incontrovertibles, que los más sabios geólogos y reputados naturalistas han establecido, en completa concordancia con el Génesis, sobre los orígenes de la tierra que habitamos y de los mares que la cubren en su mayor parte.

Lanzado primitivamente nuestro planeta en el espacio por la voluntad del Creador, poder soberano, esencia incomprensible, existiendo ántes de que los mundos

Fig. 1.



Fig. 2.



Fig. 3.



Fig. 4.



Fig. 5.

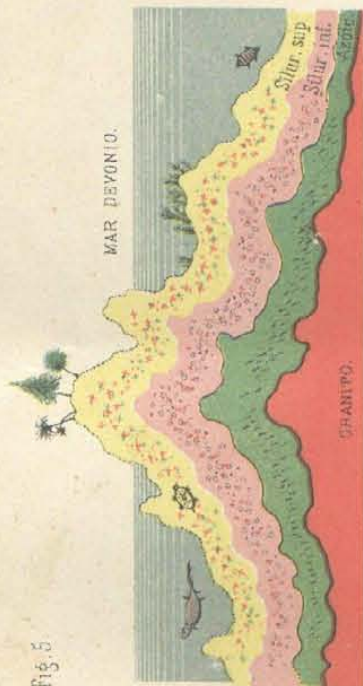


Fig. 6.

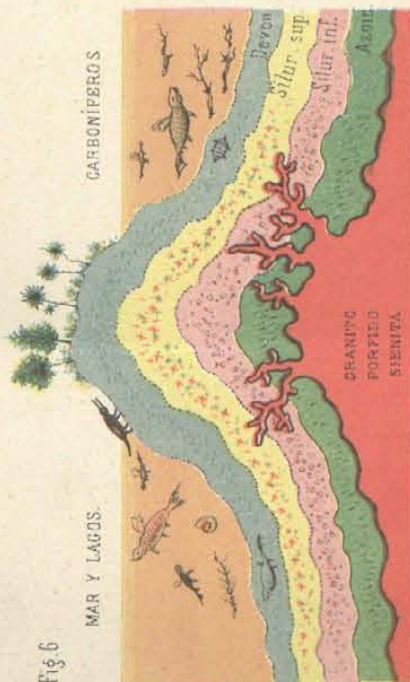


Fig. 7.

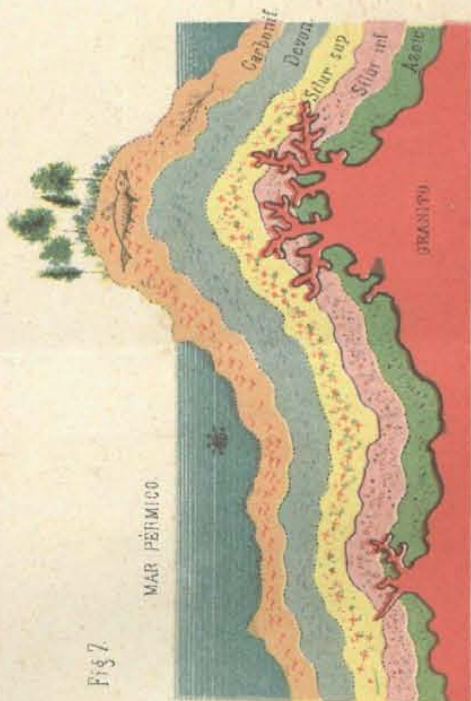


Fig. 8.

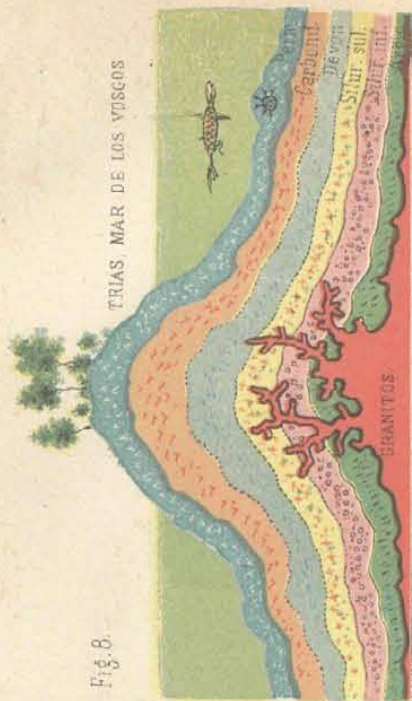


Fig. 9.

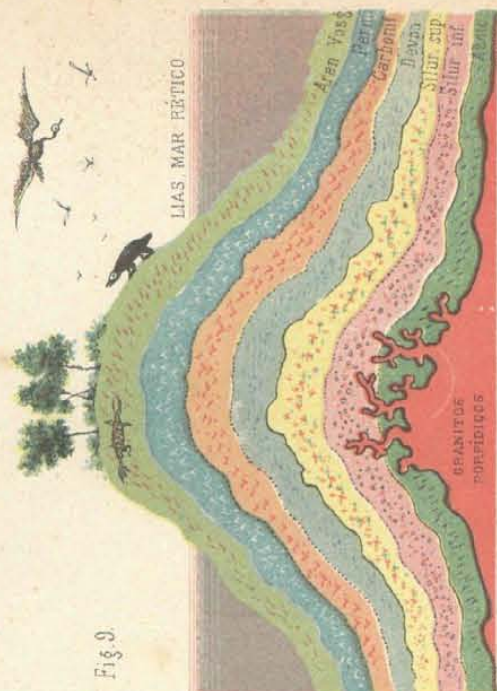


Fig. 10.





MUERTE DE FRANCISCO POCK.

Lámina de la obra **El Continente Misterioso**, por Stanley, que en breve publicaremos.

fuesen, hubo de aparecer en estado de esferoide incandescente, formando lo que los astrónomos llaman *una nebulosa*. Esta hipótesis, á la que los más profundos estudios de la geogenia dan los caracteres de un teorema físico rigurosamente demostrado, ha sido aceptada por los más grandes filósofos de los tiempos modernos. Ya desprendido del foco que lo engendrara, producto á su vez indudablemente de otro y otros soles, nuestro globo debió perder por grados su calórico en virtud de las leyes de la irradiación. Necesariamente tuvo que coagularse una primera película sólida en su superficie, dando por resultado un primer modo de formación de rocas ígneas. Con el tiempo, las moléculas que constituían aquella capa de primera consolidación, cristalizaronse sucesivamente por su reducción gradual de la temperatura de arriba abajo. Animado el globo incandescente por un doble movimiento de rotación y traslación, que no era más que la continuación del movimiento anterior, debió sucesivamente conservar el sentido de la rotación solar, llevando consigo su inmensa atmósfera, todavía impropia para la vida.

La imaginación se pierde al considerar los millones de años que el globo que habitamos, mezcla entonces de vapores ardientes, estuvo dando vueltas en el espacio. Durante aquel período en el que su masa, semejante á una inmensa nube de fuego, encerrando todos los elementos destinados á formar el mundo, todos los materiales de la creación terrestre, en una palabra, la sustancia latente pero no manifiesta de la que debía ser nuestra morada, las materias gaseiformes que provenían del interior se condensaban y se precipitaban en su superficie, el vapor de agua tuvo que condensarse también cuando la temperatura no fué ya suficiente para mantenerle en estado aeriforme. Las primeras aguas cayeron, pero en seguida fueron volatilizadas, por efecto del intenso calor que revestía la corteza sólida del globo. Pudieron verificarse entonces algunas combinaciones químicas; una inmensa oxidación se produjo, y se formaron, según algunos geólogos, exteriormente y de abajo arriba varios depósitos, á veces cuantiosos, de rocas modificadas. Al cabo de cierto tiempo, el planeta debió aparecer compuesto de dos partes distintas: en el centro un núcleo líquido; alrededor de este núcleo, una atmósfera gaseosa, ocupando todavía una extensión relativamente inmensa; pero á medida que el calórico fué perdiéndose en el espacio, el núcleo aumentó de volumen por la condensación sucesiva de las capas gaseosas en contacto con él; la atmósfera disminuyó y fué estrechándose proporcionalmente, hasta que no contuvo más que las materias susceptibles de permanecer gaseosas á una temperatura bastante baja. La fuerza centrífuga engendrada por la rotación del núcleo líquido produjo el aplastamiento de los polos, y en la región ecuatorial, una hinchazón tanto más sensible, en cuanto los dos extremos, perdiendo más calórico por su irradiación y recibiendo más oblicuamente los rayos solares, fueron los primeros que se cubrieron de una película sólida, que luego fué extendiéndose y engrosándose hasta que por fin cubrió la totalidad de la esfera.

Trascurrieron los siglos; la corteza sólida ya fué condensándose, el vapor empezó á cambiarse en agua; ésta permaneció cada vez más en la tierra y se formaron por último los primeros mares. En efecto, el enfriamiento progresivo de la corteza y de la atmósfera que la rodeaba permitió que el agua, que hasta entonces se había mantenido completamente en estado gaseoso por un exceso de calor, fuese depositándose en estado líquido, formando como un océano universal, extendido sobre toda la superficie del globo, y á una temperatura bastante

elevada, pues aunque en circunstancias normales de presión el paso del agua de un estado á otro hubiera podido verificarse á una temperatura poco inferior á 100°, la gran cantidad de vapor acumulado en la atmósfera, contribuía á dar á ésta mayor densidad y por consiguiente apresuraba el tránsito al estado líquido.

Pero la temperatura á que se mantenían todavía la corteza sólida y las aguas, impedía que todo el vapor fuese á la sazón precipitado. De ahí que el Océano, que ocupaba por otra parte una extensa superficie, alcanzase aun una profundidad poco considerable, y de ahí también que las fluctuaciones que le imprimían los agentes exteriores, se dejaran sentir con facilidad hasta las mayores profundidades, removiendo el fondo de los mares, dando por consiguiente origen á los primeros esbozos de sedimentación y acumulando los materiales en las depresiones que la desigualdad de la corteza había dejado dibujadas. La corteza iba ganando en espesor y oprimiendo más y más, por la disminución de volumen, la masa incandescente interior (*pyrosfera*), originándose de aquí una presión de ésta sobre dicha corteza que se mantenía latente, en tanto que la resistencia ofrecida por la última se oponía á las manifestaciones de aquella; pero creciendo sin cesar el esfuerzo, llegó al fin á conmoverla, elevándola por distintos puntos ó fracturándola si la resistencia no bastaba á contener la energía de la acción perforadora, en cuyo caso la materia ígnea asomaba ó se desparramaba al exterior.

Cuando la tierra, en su origen, estaba todavía en estado incandescente, todas las materias que son sólidas hoy día (metales, cloruros metálicos, silicatos, etc.), veíanse mezcladas en estado de vapores. Tan sólo fué á medida que el globo empezó á enfriarse cuando los metales más pesados se precipitaron y formaron en la superficie una capa pastosa. Pero la fuerza interior obrando incesantemente, aquella débil cubierta no tardó en ser dislocada en un gran número de puntos; abriéronse numerosas grietas y dieron salida á las masas interiores líquidas que se solidificaron poco á poco y obstruyeron de este modo el orificio formado por ellas. Al propio tiempo que se verificaban estos movimientos de erupción de abajo arriba, los vapores acuosos esparcidos por la atmósfera se condensaban lentamente y caían sobre la superficie del globo formando vastos mares. Las aguas así formadas atacaron los elementos de las rocas ya existentes, resultando de ello unas arcillas que tomaron, resfriándose sucesivamente de arriba abajo, la estructura pizarrosa que las caracteriza.

Así es que, desde el origen, la costra terrestre se compuso de dos especies de productos: 1.º De las masas lanzadas del centro de la tierra y que, cristalizándose, dieron las rocas eruptivas (macizas ó anormales). 2.º De las rocas sedimentarias (estratificadas ó normales) que se depositaron en el agua, y que procedieron primitivamente de la descomposición de la costra pastosa terrestre y de las rocas eruptivas á la vez. Vese, pues, por lo dicho, que los fenómenos que determinaron la formación de las rocas, tuvieron su origen, ya en el interior del globo, ya en la misma superficie de la corteza sólida terrestre; y estos dos modos de acción, estas dos causas primeras continúan aun en nuestros días cambiando el relieve de la superficie terrestre, dando nacimiento á nuevos terrenos y elevando más ó ménos el nivel de los mares.

Contribuyeron poderosamente al propio objeto, modificando los lechos de estos mares, los levantamientos sucesivos, constituyendo el piso firme. Desde que un levantamiento fué de suficiente amplitud para dejar en seco el fondo del mar, la tierra firme empezó á existir;

los agentes exteriores (vientos, lluvias, etc.), actuaron directamente sobre ella; arrancaron los materiales más accesibles á su accion demoledora arrastrándolos hasta el mar y depositándolos en su fondo en lechos sensiblemente horizontales, como se representa en la figura 1.^a de la lámina I^a cromo-litografiada (1), en la cual P designa la pyrosfera, C la corteza de primera consolidación ó suelo primordial, levantada en T sobre el nivel del mar, M una capa de sedimentos ó un conjunto de capas de espesor cualquiera.

Pasaron otros y otros siglos y nuevos levantamientos vinieron á dejar descubierto el fondo de las aguas con los sedimentos que sobre él se habian depositado. Nuevas erosiones y demudaciones se efectuaron sobre la tierra firme y nuevos depósitos cambiaron el inmenso recipiente, por decirlo así, interno y externo del Océano.

Estas dislocaciones que se efectuaban en la corteza sólida del globo eran muy numerosas y la materia eruptiva se esparció en masas, algunas veces considerables, entre las rocas de primera consolidación y hasta por encima de las rocas sedimentarias, absolutamente como ahora vemos las lavas más ó menos densas depositarse sobre las rocas estratificadas; otras veces aquellas hendiduras y aquellas quebraduras dejaban escapar gases de diferentes naturalezas y sustancias metálicas vaporizadas. Tal fué el origen ó causa de los antiguos volcanes terrestres y marítimos que se han ido cerrando y apagando á medida que ha ido aumentando el espesor de la costra terrestre.

Hasta entónces nuestro globo no podia soportar sér organizado alguno; la temperatura era harto elevada; únicamente cuando hubo disminuido y no pasó ya de 80 á 90°, la vida pudo manifestarse en la tierra y en los mares que bañaban sus islas y continentes. Aquella era llamada primaria ó paleozóica, comprendiendo los periodos laurentino, silúrico y carbónico (Véase lámina I cromo-litografiada, figuras 2 á 5), vió aparecer y desaparecer en el seno de las aguas un gran número de plantas, así como de moluscos de todas clases, pero de organización muy poco complicada, de cuya existencia tan sólo conservamos algunos restos fósiles. Á fines de esta primera era, la temperatura habia descendido sensiblemente; las aguas debieron absorber una gran parte de la enorme cantidad de ácido carbónico esparcido por la atmósfera, y desde entónces pasaron á ser propias para ejercer una accion química sobre diversas sustancias minerales: la composicion y descomposicion, la cristalización y deformacion, la trituracion y aglomeracion, el amalgamiento y la disgregacion, empezaron á funcionar constante, ordenada y metódicamente en el grandioso laboratorio de la Naturaleza.

Á aquella era incalculable en su duracion, siguió la no ménos dilatada llamada mesozóica ó de los terrenos secundarios, correspondiendo á ella los periodos triásico, liásico, jurásico y cretáceo. (Véase lám. I y II, fig. 6 á 11). Entónces fué cuando la corteza sólida del globo, habiendo alcanzado un espesor más grande, tanto por la deposicion de los sedimentos en las aguas, como por la condensacion interior de la capa incandescente, debió ofrecer más resistencia á los gases interiores cuya presion era mayor en razon de aquella fuerza de resistencia; entónces empezaron los levantamientos de las montañas á ser más considerables, cuyo primer efecto se hizo reconocer por el enderezamiento de las capas. Á medida que nuevas formaciones de éstas se verificaban, nuevas creaciones de séres organizados se sucedian, diferentes en su forma y organizacion, y sobre todo notables por

una progresion creciente y perfeccionada. Así fué cómo aparecieron sucesivamente en esta segunda era lo propio que en la terciaria, comprendiendo los periodos numulítico, molásico y antrópico ó moderno (Véase lámina II, fig. 12 á 16), los peces, los reptiles, las aves y los mamíferos, cuyo mayor desarrollo se verificó desde el principio de la era terciaria hasta el presente (1).

Durante estas dilatadísimas épocas, faunas y floras fueron sucediéndose, pero apenas trasmitiéndose de unas á otras sus productos naturales, hasta la aparicion del hombre en la época cuaternaria ó diluvial y en su edad post-glacial. De su existencia, repetimos, sólo nos quedan los fósiles de que hablaremos luego y que en las capas sucesivas, en donde existieron, nos ha guardado la tierra y vamos interrogando todos los dias; preciosos archivos de la Naturaleza, testimonios irrefutables de vidas poderosas, de creaciones sorprendentes, que no admite el estado actual de nuestro globo. Séanos dado, no obstante, consignar que está tan léjos de nuestro pensamiento como de la realidad de los hechos, presentar estas trasformaciones sucesivas de nuestro planeta como debidas exclusivamente á causas secundarias. De acuerdo con los maestros más sabios en la ciencia, consideramos que es necesario tener en cuenta la accion creadora de Dios, que indudablemente no quiso cumplir su obra por un acto único, sino que la dividió en varios periodos. Fácil nos seria establecer la concordancia más completa entre la relacion del Génesis y nuestra exposicion geogénico-geológica; pero este trabajo no corresponderia al objeto de nuestra obra, que no es otro que describir pura y simplemente una de las partes más interesantes de que se compone nuestro globo: el mar, con la vida que encierra y los encantos que ofrece al hombre pensador. Necesario era, en nuestro concepto, dar ántes una noticia general del origen y de la formacion de la tierra (2), y de las modificaciones que ha experimentado hasta la época actual, para poder comprender más fácilmente muchos de los fenómenos en que deberemos ocuparnos, y entrar con más segura planta en el vasto Océano, cuyos principales pobladores, tesoros y maravillas queremos conocer.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuará).

(1) Para la más fácil inteligencia del lector, apuntaremos algunos datos importantísimos sobre lo que la ciencia nos revela respecto á la formacion de estas épocas y de estos pisos, y sus faunas y floras respectivas, como tambien podrá verlo demostrado gráficamente en los grabados y láminas cromo-litografiadas que se publicarán más adelante.

En los terrenos azóicos constituyeron la primera película terrestre las capas de primaria consolidación formadas por vía de enfriamiento y se trasformaron en gneis, mica-sita y talcita los primeros sedimentos consolidados, metamorfoscados por el calor central, bajo la presion de una inmensa atmósfera y por los diversos fenómenos químicos. Los pisos silúrico inferior y superior, formados á expensas de las rocas metamórficas, contienen los elementos removidos de estas rocas, y el carácter predominante de todas las de estos periodos es una aparicion pizarrosa, más ó ménos completa, debida al calor del globo. En sus mares aparecieron algunos peces, zoófitos, crustáceos, políperos, anélidos, moluscos, equinodermos, crinóideos y plantas marinas, de las cuales se conservan hoy dia numerosos ejemplares fósiles. Las plantas terrestres empezaron á tener algunos representantes en el periodo silúrico superior, mucho más numerosos que en el inferior. En el periodo carbónico y en sus pisos devónico, carbonífero y pérmico, la flora y fauna, marina y terrestre, fueron aumentando considerablemente á pesar de muchas desapariciones de sus representantes. En el piso carbonífero aparecieron los reptiles, insectos y arácnidos. En los pisos del periodo triásico ó salifero, desaparecieron y aparecieron gran número de animales y plantas terrestres y marinas, muchos de ellos de grandes formas. En el periodo jurásico ó oolítico y en su piso batónico, aparecieron los quelonios, dinosaurios, ammoniídeos no arrollados, equinóideos irregulares é himenópteros. En el cretáceo inferior y superior, en el que domina la creta blanca y pura y la caliza, continuó la desaparicion y aparicion de numerosos séres. Entre los últimos, figuran en primer lugar las orbitolinas, los crustáceos branquiados y las plantas dicotiledóneas. En el periodo numulítico ó coceno, así como desaparecieron muchos moluscos, aparecieron en cambio otros muchos ántes desconocidos; tambien aumentó considerablemente el número de peces, aves, reptiles y mamíferos, entre estos últimos los monodelfos, y aparecieron los lepidópteros. En el periodo molásico ó neogeno y en su piso inferior (aquitanico) aparecieron los insectívoros desdentados; en el mioceno, los proboscídeos y en el plioceno ó subapenino, desaparecieron en Europa algunos grandes cuadrúpedos, entre ellos el mastodonte, y aparecieron el *elephas* y el *equus*. Elevacion de todo el suelo de Europa: poco más ó ménos limitacion de los mares principales como aparecen hoy y relieve actual de Europa.

(2) Á fin de que el lector pueda formarse una idea de la inmensa mole que presenta nuestro planeta, bastará decir que, según los cálculos más recientes y admitidos por la ciencia, el peso de la tierra es, en números redondos, de 5,700,000,000,000,000,000 de kilogramos.

(1) La lámina á que nos referimos se publicará próximamente.



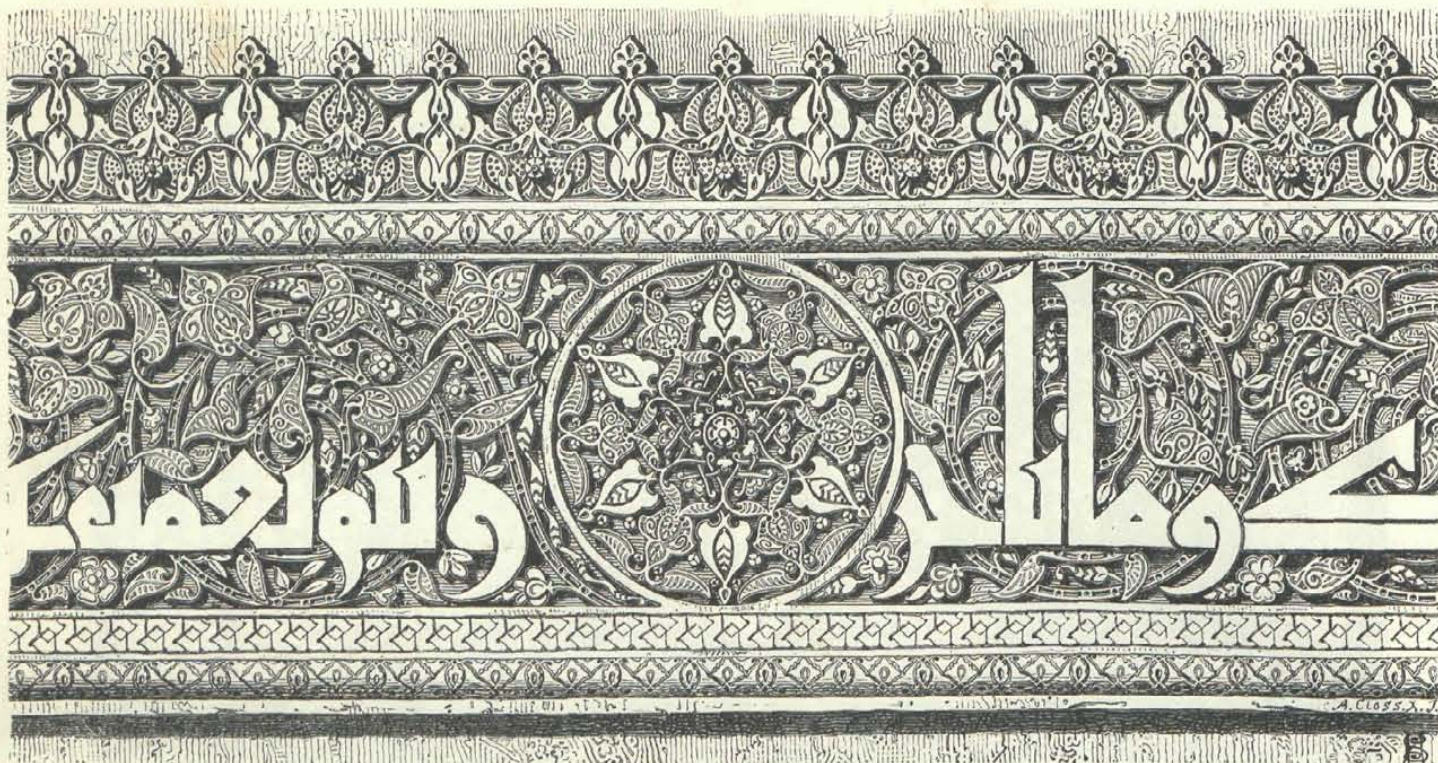
EL DOMINGO EN EL CANADÁ.—Regreso de la iglesia.

(Véase la página 32).



TERMAS DE CARACALLA.

Lámina de la obra *Grecia y Roma*, que próximamente publicará EL MUNDO ILUSTRADO.



EGIPTO

EN IMAGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

TRADUCIDO DEL ALEMAN

POR

D. ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS,

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA.

PRÓLOGO.



¿Dónde nace la gran fuerza atractiva de la antigua región de los Faraones? ¿Cómo se explica que su nombre, su historia, su modo de ser y sus monumentos nos interesen de un modo muy distinto que los de otras regiones de la antigüedad?

No sólo la parte instruida y culta de los pueblos occidentales, sino también todos los hombres de cualquiera condición, esto es, todo el mundo, conoce el Egipto y los antiquísimos caracteres que de los demás países le distinguen. Antes que el niño pequeñuelo sepa el nombre del rey ó del príncipe de su país, ha oído hablar, y no poco, del Faraon bueno y del malo; antes que haya encomendado á la memoria los nombres de los ríos que recorren su patria, oyó hablar del río Nilo, en cuyas riberas, cubiertas de cañaverales, fué encontrado el cestito de juncos, con el pequeño Moisés dentro, por la amable princesa. ¿Quién no conoce ya desde niño la historia, embelesadora para todas las edades de la vida, del virtuoso y prudente José, y aquel venerable Egipto, donde encontró su salvación la Madre de Dios con su hijo Jesús?

Pero la Sagrada Escritura, que nos habla ante todo del valle del Nilo, nada sabe de las pirámides ni de las otras obras humanas, las cuales, si bien están sujetas á la destrucción como las demás cosas terrestres, parecen, con todo, haber sido levantadas para una eternidad. Y sin embargo, ¿quién, ya de niño también, no ha oído hablar de aquellos monumentos á quienes aplicaron los griegos el orgulloso epíteto de «maravillas del mundo?»

Un cuerpo matemático que se presenta muy á menudo en la naturaleza lleva el nombre de pirámide, y este mismo nombre recibieron los monumentos egipcios que presentan esta forma; «laberíntico» llamamos nosotros todo lo revuelto, desordenado; y cierto que ardua, y muy ardua, era la salida del palacio real que edificaron los reyes egipcios. «Jeroglífico» se llama también entre nosotros, según la antigua escritura de los egipcios, todo pensamiento velado por su forma mística. No pasa día ni hora en que, sin advertirlo, no tengamos algo que ver con la tierra de los Faraones, con sus representaciones y objetos. El papel sobre el cual se escriben estas palabras se debe al *papirus* egipcio, que también se llamaba *biblos*, y de *biblos* salieron la palabra griega *biblos*, libro, y nuestra Biblia por antonomasia. Cientos de palabras é ideas parecidas pudiéramos citar que en Egipto tuvieron su origen; y si nos fuera lícito ahondar la materia y exponer las raíces de las artes y del saber del Occidente, conoceríamos la necesidad de volver y volver otra vez á Egipto. Pero no es propio este lugar de profundizar esta cuestión.

Nosotros invitamos sencillamente al lector á que nos siga al Egipto de hoy día. Atractivo, y siempre el mismo, ha permanecido como en el tiempo del padre de la historia, el cual dice del valle del Nilo que contiene más cosas raras y notables que otra región alguna, y que el clima de Egipto tiene condiciones extraordinarias, y que el río del mismo país se diferencia, por su naturaleza, de todos los otros ríos; y que por lo mismo, se diferencian también sus habitantes, casi bajo todos respectos, de los otros hombres, en costumbres, así como en leyes.

El Nilo, con sus fecundantes inundaciones regulares,

el clima de aquella region y otras muchas cosas son las mismas que nos describe Herodoto, y hasta hoy dia apenas ha podido el tiempo arrebatarse al Egipto ninguna de sus propiedades naturales. Verdad es que las leyes y las costumbres han cambiado completamente, y sólo el investigador atento encuentra en los actuales usos y costumbres recuerdos y resabios del tiempo antiguo.

Á la época faraónica siguió la griega, á ésta la romana y cristiana, y á ésta la dominacion del Islam, que, sin consideracion ni piedad, trastorna cuanto encuentra. Hoy dia ocupa el trono de Egipto un soberano que procura con algun éxito introducir la cultura europea entre su pueblo mahometano. Pero tambien la acicalada y vacía hija de la cultura del Occidente, la llamada civilización, ha penetrado en Egipto con su odio á lo particular y característico; y, con su desatentado afán igualitario, roba á las calles y á las plazas, en las aldeas y en las ciudades, el encanto que desde la antigüedad les era propio, y su estilo oriental al suelo; penetra en las casas, donde, en lugar de la antigua y grandiosa division del espacio, establece la fria y calculadora utilizacion del mismo; despoja á los hombres de la magnificencia de sus vestiduras y de sus armas, é introduce entre las mujeres el anhelo de las galas, que apenas visten, de sus envidiadas hermanas europeas. El silbido de la locomotora, que atraviesa al vuelo la tierra fecunda y el desierto, dirian que hace mofa de la sufrida fuerza portadora del camello y de la dócil velocidad del caballo árabe; el uniforme de los soldados vá pareciéndose más y más al de las tropas occidentales. Verdad es que las fiestas populares han conservado su carácter propio; pero en las grandes ciudades empieza á ahuyentar el coche á los jinetes, y las bandas militares egipcias tocan piezas de Ricardo Wagner y de Verdi. En las casas árabes acomodadas, los sofás y las cómodas de Europa echan fuera los divanes y otros muebles orientales hermosamente labrados; ya no se toma el café en el *finjan* de metal ricamente cincelado, sino en tazas de porcelana alemana. Todas las particularidades de Oriente, así las grandes como las pequeñas, se van ofuscando y arrinconando y corren el riesgo de desaparecer completamente dentro de algunos años. Ninguna de ellas, no obstante, se ha borrado completamente; todavia encuentra el ojo del artista, en ciudades y aldeas, en las calles y en las casas, debajo del azulado cielo y en la tienda, entre los grandes, los mercaderes é industriales, los campesinos y los hijos del desierto, en los regocijos y los duelos de las fiestas consagradas, en los afanes y ocios de los habitan-

tes del valle del Nilo, las formas antiguas abigarradas, pintorescas, atractivas y bellas en su género; todavia se han conservado en Egipto los magníficos restos de tres grandes épocas artísticas, la antigua egipcia, la griega y la árabe: estas últimas, sin embargo, pueden contar con mayor estabilidad; pero de lo peculiar de la vida oriental habrá desaparecido una gran parte, lo más atractivo, dentro de un decenio, y no poco dentro de un lustro; y todo quizás cuando empiece el nuevo siglo. Por esto se encargó el que con mucho placer escribe estos renglones, y que ama y conoce el Egipto oriental, de reunir para enseñanza de los hombres de nuestro tiempo y de los venideros todo lo bello y venerable, lo pintoresco, peculiar é interesante que se ve en el antiguo y en el nuevo Egipto: y podemos añadir que tambien les servirá de instructivo entretenimiento, ya que las pinturas é imágenes que ocupan estas hojas tienen, en su género, un mérito no sobrepujado hasta ahora. Nuestros artistas más distinguidos y más profundos conocedores de todo lo que el Oriente ofrece digno de la pintura, nos las han facilitado gustosos, y de aquí el presentar nosotros el Egipto en esta obra, no sólo como él es y como se presenta en la lámina del fotógrafo, sino tambien como se refleja en el alma del artista.

Para la composicion de las fiestas celebradas por los habitantes del Cairo y de los cuentos que narran, nos ha proporcionado el doctor Spitta, de Hildesheim, bibliotecario del Khedive, sus apreciabilísimos trabajos; y el doctor J. Goldziher, de Budapest, sabio bien conocido de todos los orientistas, y que fué otro de los estudiantes de El Azhar, universidad del Cairo, ha tomado tambien parte en esta obra con un hermoso capítulo sobre «las fuentes de la vida mahometana y de la ciencia mahometana en el Cairo.»

El que conozca el Egipto volverá á encontrar en estas imágenes y cuadros, pero trasfigurados por la magia del genio, lo que él ya vió en el mismo terreno; el que se proponga visitar más adelante el valle del Nilo puede aprender en esta obra lo que ha de ver y cómo ha de verlo; y los que no puedan salir de sus hogares y deseen aprender á conocer los venerables sitios de la historia, así sagrada como profana, el teatro de los cuentos de las «Mil y una noches,» el arte y la magia del Oriente y el ser y la vida de los orientales, verán satisfecho su anhelo de saber y gozarán de un noble placer.

Leipzig, año nuevo 1878.

JORGE EBERS.

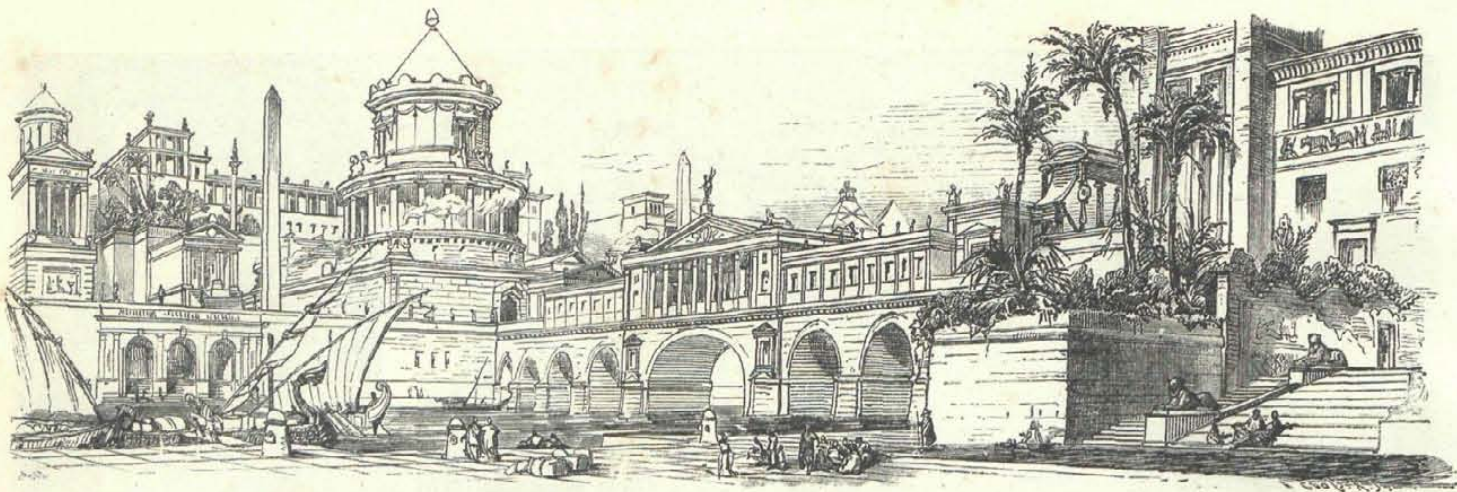




EGIPTO. — El khedive Ismail.



EGIPTO.—El Muezin.



LA ANTIGUA ALEJANDRÍA.



Faro antiguo de Alejandría.

El habitante del Norte y del Occidente que visita el Egipto empieza generalmente por pisar el suelo de Alejandría. Cansado del largo viaje por mar y de las imágenes *sui generis* que se le han presentado en aquella extraña region, busca lo primero el descanso de la noche, y cierra los ojos pensando en su hogar, cuando de improviso viene á interrumpir un canto recio y sonoro el silencio nocturno. Ese canto es la llamada á la plegaria del Muezin; es el tañido de la campana de Oriente, pues nadie ignora que la natu-

raleza ha colocado en el pecho del hombre un metal cuyas vibraciones se dilatan y resuenan en el de los oyentes.

En tonos retumbantes y profundos, envía el Muezin sus palabras á la ciudad dormida que se espacia á sus piés. «Más vale la oracion que el sueño,» grita al desve-

lado, y tonante se vuelve su voz cuando por tres veces repite: «No hay más Dios que Dios,» ó la bellísima plegaria que empieza con estas palabras: «¡Oh Señor, Señor, Señor!»

Antes de levantarnos del lecho para estudiar la actual Alejandría, umbral europeo del valle del Nilo, volvamos el pensamiento atrás y tratemos de bosquejar una imagen de la ciudad griega de Egipto, sitio el más famoso de la antigüedad y el ménos distante de nosotros.

Fué Alejandría una de las ciudades más jóvenes del mundo antiguo, á la par que una de las más brillantes y grandiosas. La rapidez de su crecimiento, de su poblacion y de su comercio allá se vá con el de las grandes ciudades del Nuevo Mundo; pero, por lo que hace al temprano florecimiento de los bienes más elevados de la humanidad, el arte y el saber, ninguna ciudad americana presenta nada que se pueda poner al lado de aquella.

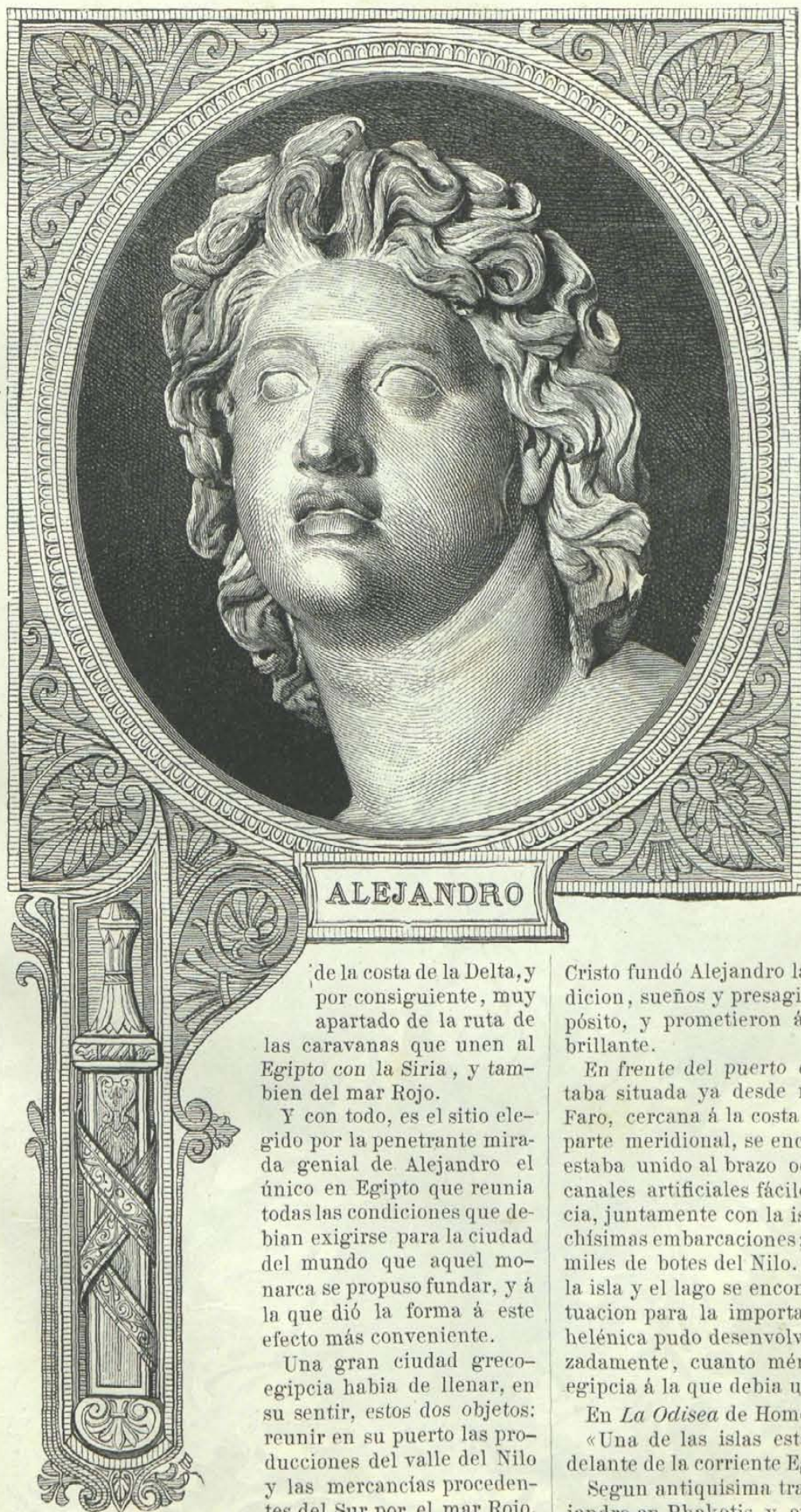
¿Debe acaso la gran ciudad comercial y literaria su rápido florecimiento á su feliz situacion?

Arduo se hace inferirlo de la primera mirada que se le dirige.

La costa del Egipto Septentrional es llana, uniforme, y nada tiene de bello; y si bien las olas del mar Mediterráneo no se presentan aquí ménos azuladas que en las riberas acariciadas por las auras de la flor de los naranjales de Sorrento y del soleado golfo de Málaga, no son pocas ciertamente las rocas peligrosas que amenazan á los navegantes en el puerto de Alejandría.

Á pesar de los rayos luminosos que á lo léjos despiden el faro de Ras-et-Tin, no le es hoy posible á ninguna embarcacion entrar de noche en el puerto alejandrino. Vese allí un canal artificial abierto por Mahomed Alí, fundador del vireinato, y al que dió el nombre de canal de Mahmud (así se llamaba el sultan que reinaba por aquel tiempo); pero ningun brazo del Nilo riega el término de la ciudad ni da agua potable, la que tampoco se puede buscar en los pozos, por ser salobre el suelo de Egipto.

La costa alejandrina es borrascosa en los meses de invierno; y el cielo, cuyo limpio azul tan raras veces está velado en el Cairo, se presenta aquí no ménos revuelto en invierno que en las penínsulas de la Europa meridional. Además, el sitio que eligió Alejandro para levantar una ciudad que entregase al comercio del mundo los productos de Egipto y los tesoros y portentos de la Arabia y de la India, se colocó al extremo noroeste



ALEJANDRO

de la costa de la Delta, y por consiguiente, muy apartado de la ruta de las caravanas que unen al Egipto con la Siria, y también del mar Rojo.

Y con todo, es el sitio elegido por la penetrante mirada genial de Alejandro el único en Egipto que reunía todas las condiciones que debían exigirse para la ciudad del mundo que aquel monarca se propuso fundar, y á la que dió la forma á este efecto más conveniente.

Una gran ciudad greco-egipcia había de llenar, en su sentir, estos dos objetos: reunir en su puerto las producciones del valle del Nilo y las mercancías procedentes del Sur por el mar Rojo, para llevarlas desde allí por

traficantes helenos al comercio del mundo, avivando, por otro lado, en el nuevo emporio y en el Egipto, la vida helénica tan florida. Alejandro había encontrado el antiguo reino de los Faraones tan yerto como sus momias. En Alejandría debía encontrar el espíritu griego

una nueva patria; había que romper los antiguos grillos que por miles de años habían aprisionado al Egipto, y trasformar el estado bárbaro de las riberas del Nilo en un miembro inteligente y activo del robusto cuerpo de aquel mundo griego cuyo establecimiento miraba Alejandro como objeto principal de su heroica carrera.

Al Occidente de la costa egipcia estaban situados los antiguos puertos de Perusio y Tanis, á orillas de los brazos del Nilo del mismo nombre. Pero no los eligió para fundar la nueva ciudad griega, pues no se ocultó á su penetrante mirada ni á la de los sabios que le acompañaban, que la corriente de Occidente á Oriente del mar Mediterráneo que lava la costa egipcia se lleva consigo el cieno que, en su inundación anual, arrastra el Nilo al mar, cegando los puertos situados más á levante.

Que en esto no se equivocó pruébalo el tiempo; pues mientras que hoy llegan todos los años miles de buques á la rada de Alejandría, quedaron cegados por el cieno é inutilizados los famosos puertos de Perusio y Ascalon, Tiro y Sidon.

En el año 332 ántes de Cristo fundó Alejandro la ciudad, y hubo, según la tradición, sueños y presagios que le alentaron en su propósito, y prometieron á la nueva ciudad un porvenir brillante.

En frente del puerto egipcio Rhakotis, al Norte, estaba situada ya desde muy antiguo la famosa isla de Faro, cercana á la costa; detrás de aquel punto, en su parte meridional, se encontraba el lago Mareótico que estaba unido al brazo occidental del Nilo por medio de canales artificiales fáciles de ensanchar. La bahía ofrecía, juntamente con la isla, espacio suficiente para muchísimas embarcaciones; y en el lago encontraron abrigo miles de botes del Nilo. La ciudad que se levantó entre la isla y el lago se encontró desde luego en la mejor situación para la importación y la exportación, y la vida helénica pudo desenvolverse aquí tanto más desembarazadamente, cuanto ménos importante era la población egipcia á la que debía unirse.

En *La Odisea* de Homero se leen estas palabras:

«Una de las islas está situada en el anchuroso mar delante de la corriente Egipto (1), y su nombre es Faro.»

Según antiquísima tradición, oyó estas palabras Alejandro en Rhakotis y en un sueño, de boca de un venerable anciano que se le apareció mientras estaba durmiendo.

(Continuaré).

(1) Así llama Homero al Nilo. Hesíodo fué el primero que le dió el nombre actual.—(Nota del Traductor).



UN MAL ENCUENTRO.

(Véase la página 32).



¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

PACO, HIJO MIO:

Inspirada en la memoria de la madre que perdí, y en los sentimientos nobilísimos de la tuya, he escrito esta obra que titulo ¡MADRE MIA!

Tus á leerla cuando eres todavía niño; recuérdala cuando seas hombre, y no olvides que para tí la escribió

tu PADRE.

LIBRO PRIMERO.

EL HIJO CALAVERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

A salto de mata.

La luz de una lámpara de mesa, velada por un globo de cristal opaco, baña suavemente las suaves facciones de doña Mercedes.

Nunca la dulzura del carácter se ha revelado con más armónicos rasgos en el rostro de una mujer.

La barba es redonda, pequeña la boca, la nariz noble, los ojos grandes del color castaño de las cejas y del cabello, blanco y fino el cutis, la frente ancha y alta, revelacion de la alteza y amplitud del pensamiento.

A los veinte años, doña Mercedes fué una mujer hermosa: frisa ahora en los cuarenta, y todavía resalta su belleza á los resplandores de su ocaso como las últimas flores á la postrera luz de un día sereno de otoño.

A veces empaña su semblante y su mirada una sombra de tristeza, y los ojos se humedecen cual si llorara el alma pasados días de mayor ventura; mas no pierde por esto su dulce expresion su fisonomía: si pasaron por ella, abatiéndola, imágenes de dolor, no así relajaron sus líneas puras los sacudimientos de las pasiones.

Reina en el gabinete, como en el resto de la casa, completo silencio.

Un antiguo criado y una muchacha de servicio se han recogido en su respectivo dormitorio, á la temprana hora de costumbre, segun tiene dispuesto la señora, y sólo ésta vela, sentada en una butaca cerca del balcon, delante de sí el costurero, y á su lado una cesta con piezas de ropa blanca que vá repasando con la diligencia de una doncella de labor avezada á este trabajo.

Forman contraste con la ocupacion modesta de la dama su aspecto de persona distinguida y los muebles ricos del aposento.

Por la calle, la de Ataulfo, abierta modernamente en el sitio que ocupó el palacio de los Condes de Barcelona, se oye sólo á intervalos el ruido de pisadas solitarias que á poco se pierden en la quietud de aquella parte de la ciudad.

Doña Mercedes suspende un punto la labor cada vez que percibe las pisadas, y vuelve luego á su tarea.

La campana de la Catedral acaba de dar las once.

En la vecina bajada de Sobradíel suenan nuevamente pasos, que denuncian, por lo firmes y resueltos, el andar de un hombre jóven.

Percíbelos el corazon ántes que el oído de doña Mercedes; sus labios pronuncian con cariño este nombre: «¡Martin!»: y deja la labor y se levanta del asiento.

Asoma en efecto por la inmediata esquina un mozo de veinte y un años, figura gallarda, de airoso movimiento, de fisonomía viva que revela un espíritu inquieto, así como el mirar brillante de sus hermosos ojos negros un corazon voluntarioso y apasionado.

Alza el mancebo la vista al entrar en la calle; ábrese á este tiempo el balcon de un cuarto tercero, y á la luz de la clara y serena noche se ve desde abajo asomar una cabeza de mujer, de graciosísimo dibujo, mientras desciende amorosa una voz de celestial acento, que dice: —¡Adios!

El jóven responde saludando con su pañuelo blanco, y sigue su camino deteniéndose á pocos metros en la acera de enfrente, debajo del balcon de un piso principal donde acaba de salir doña Mercedes.

Vuelve ésta á pronunciar el nombre de Martin; baja una llave atada á un cordon que toma el mozo; abre éste la puerta que cierra luego tras sí; abandona su balcon doña Mercedes, y torna á quedar la calle desierta y en silencio.

Un momento despues Martin depositaba un ósculo de respeto y de cariño en la frente de su madre, y sentándose luego á su lado, la decia con la mayor sencillez cómo habia pasado la velada.

—Te acompañas mucho con Roger, observó benévolutamente doña Mercedes, y ese chico derrocha extraordinariamente, segun he oído.

—Sí, es muy rico y nadie pone tasa en sus gastos; pero en eso no tengo yo que ver, ni ello ha de influir en mis acciones...

—Sin embargo, conviene buscar los amigos en los iguales; y los jóvenes de posicion modesta suelen perder más que ganan con esas amistades.

Martin hizo un gesto de perfecta indiferencia á la amistad de Roger, que desvaneció la inquietud manifestada por su madre.

—Me parece que traes sueño, dijo seguidamente doña Mercedes observando que el jóven reprimia un bostezo.

—Un poco.

—Pues á dormir, hijo mio, y que descanses bien.

—Adios, mamá; buenas noches, profririó el hijo despidiéndose y besando otra vez á su madre. ¡Ah! me olvidaba, añadió sonriendo: ¿vá usted á ir luego como todas las noches á ver si ya me he dormido, si estoy bien abrigado, si se ladeó la almohada, ó están mal cerrados los postigos, cual si fuera yo un niño de dos años?

—Pues claro está, respondió sonriendo tambien la madre.

—¿Y me aconseja usted que me case?... ¡Pues no se reirá poco de mí la novia si sabe eso!

—Tu novia, cuando sea tu mujer y sea madre, sabrá el cuidado que inspiran los hijos, niños y hombres.

No hubo forma de hacer desistir de su costumbre á doña Mercedes.

Martin se retiró á su aposento, se acostó y apagó la luz.

Ocho minutos despues oyó leves pasos á la puerta; la habitacion se iluminó de pronto, y vió por entre los entornados párpados aparecer la figura de la madre que se acercó quedo á la alcoba, contempló un momento al jóven que respiraba fuertemente, como dormido en sueño profundo, recorrió luego los balcones, y salió por fin con la cautela con que habia entrado.

Doña Mercedes, ya tranquila, pasó á recogerse á su dormitorio.

Apénas oye cerrar su puerta, echa Martin á un lado la ropa de la cama, al tiempo que salta por el otro al suelo; enciende la bujía de su mesa de noche; se viste, cala su sombrero de fieltro; vuelve á matar la luz, y

con las botas bajo el brazo, sale á tientas con admirable tino como sutil ladrón práctico del terreno; abre sin ruido y deja asimismo cerrada tras sí la puerta de la escalera; practica con igual cautela la propia operación abajo; se calza en el portal; echa á andar de puntillas hacia la inmediata esquina, y hasta que la dobla no deja oír sus pasos.

Ya ha salvado el trecho peligroso, sin ser de nadie visto ni oído.

Así lo cree.

Se equivoca no obstante.

Aquella cabeza de mujer que asomó al balcón del cuarto tercero vecino, permanece allí todavía, y sus ojos, siempre fijos en la casa de Martín, le han visto ahora salir como le vieron antes entrar.

Si, como antes, no desciende ahora de sus labios aquella su voz amorosa y dulce, es porque la sorpresa para el ánimo y anuda la garganta en presencia de la escapatoria del mozo.

—¿A dónde irá? se pregunta hondamente alarmada la doncella.

Y en vano busca una explicación en los razonamientos de su mente inexperta.

¿Qué sabe la inocente de los estímulos que impelen á salir furtivamente de su casa, á deshora de la noche, á un mozo de la imaginación viva y temperamento enérgico del que ama?

La cabeza no comprende la salida intempestiva del joven, su sigilo y su cautela. Pero el corazón se siente herido y suspira y llora.

¡Pobre niña!

¡Cuán amargas son las lágrimas primeras que arranca el amor ofendido á sus dulcísimos ojos!

Martín ha pasado esta vez sin alzar siquiera la vista, como antes hizo.

—No me creería ya aquí... se decía la triste; habrá pensado que ya me había recogido... ¡No!... repuso luego con amargura: no ha creído nada; no ha pensado nada: ¡pasó sin acordarse de mí, olvidándose del todo!

Y los suspiros se convierten en sollozos que arranca al alma enamorada el dolor positivo de un daño cierto.

Martín en tanto camina descuidado y resuelto hacia el pascu de Gracia.

La noche es serena y estrellada.

De las próximas colinas descienden perfumadas las brisas de mayo, y se confunden con el aliento del cercano mar y el aroma de los floridos jardines que embellecen las nuevas y elegantes casas del paseo.

El corazón de Martín palpita al compás de su precipitado paso; sus ojos brillan devorando el camino, y con sus rayos se lanza el espíritu anhelante, salvando rápido la distancia, al punto que ya miran los ojos del pensamiento.

En el radio de la vecina villa de Gracia, á la izquierda de su línea férrea, se ve asentada en un campo de verdura, medio oculta entre árboles de frondoso ramaje, una casa de construcción caprichosa, de labrados muros con ventanas de cristales de colores, especie de pabellón morisco rodeado de un jardín que arroja á oleadas la fuerte esencia de nardos y claveles mezclada á la suavísima de rosas y jazmines.

El interior de la encantada vivienda realiza la ilusión que forja la mente contemplándola de fuera á tal hora de la noche.

Sus piezas están adornadas con riqueza y gusto, y en un gabinete que remeda el estilo bizantino y convida á la molición de las costumbres orientales, se halla sola una mujer. ✕

A la suave claridad rosada de una rica lámpara de

China, se destaca del fondo azul de mullidos cojines de damasco, su magnífica figura. Sus formas son espléndidas; de la hermosa cabeza, perezosamente reclinada, caen dos grandes rizos de un cabello negro y lustrosísimo en torno de la garganta que tiene la blancura y suavidad de la hoja de la azucena; viste un traje de raso granate que deja al descubierto los redondos hombros y el nacimiento del hinchado seno; sus grandes ojos negros como el cabello están medio entornados; sus brazos caídos en melancólico abandono; y por el extremo de la falda asoma sobre la alfombra un pie arqueado y breve, colocado como un juguete, como un dulce tentador, en un zapatito bajo del color del vestido.

La mujer tiene veinte años y se llama Lorenza.

Llega Martín al muro que cerca el terreno perteneciente á la casa: dirígese á una puerta de plancha de hierro; saca la llave, abre con mano trémula, entra, y cierra y se encamina recto al edificio.

A una ventana, á la altura de un metro, que corresponde al gabinete antes descrito, asoma Lorenza que le llama con la mano.

Acude el mozo y escala de un salto la ventana, que seguidamente vuelve á cerrarse.

En el momento mismo cruza rápida la línea del ferrocarril una sombra que viene por el camino que Martín ha traído.

Un hombre, un caballero, llega al muro exterior de la casa, se abalanza á la ferrada puerta, y la empuja.

Inútilmente; está bien cerrada.

Mira luego á lo alto, á seguida recorre la pared midiendo su elevación con ojos que salen de las órbitas, á la manera que hambriento lobo la tapia del corral á que pretende dar asalto; pero intento también vano.

De sus labios brota una imprecación horrible, y vá á situarse á la distancia de tres metros de la puerta, donde queda inmóvil en acecho y en aguardo.

Tres horas más tarde, tres instantes pasados con la rapidez del placer para el enamorado mozo, tres siglos tan lentos como las horas de amargura para el que apostado espera, sale Martín, á quien detiene la voz del caballero que le dice:

—¡Un momento, señor mío!

Párase el mancebo volviendo la cabeza, y examinando el aspecto del desconocido, responde:

—¿Qué se ofrece á usted?

—¿Me dirá usted de dónde viene?

—De donde á usted no importa.

—Atienda usted que le he visto.

—Excusada y necia es entonces la pregunta.

—Arrogante está usted...

—Y usted harto importuno.

—Y exigente á más...

—¡Exigente!

—Tenga usted la bondad de darme la llave con que abre usted la puerta de esa casa, dijo el caballero con acento tan natural de superioridad que no parecía sino que la pidiera á un subordinado.

—Si no tiene usted valor para tomarla...

—¡El valor y el poder! replicó el desconocido, arrojándose sobre Martín.

Trabóse una lucha que fué tan breve como desgraciada para el joven.

Faltó á sus pies la tierra de un hondo desmonte, y cayó de la altura de tres metros quedando sin sentido sobre la vía.

Bajó á él su adversario, buscó y tomó la llave, y se alejó luego dejándole allí como un cuerpo muerto.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuará).



AMAPOLA.

(Véase la página 31).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

Traducido del francés

POR

D. MANUEL ANGELON.

UNA PALABRA AL LECTOR.

La música me impresiona hasta tal punto, que durante un día entero puedo estar oyendo un mismo motivo, con tal que tenga cierta expresión, siquiera sea ejecutado en el instrumento más vulgar. Y es que en cuanto las ondas melódicas han herido mis oídos, dejo de oír el instrumento; mi espíritu vaga instantáneamente por los espacios ideales; siento como una melodía celeste que invade mis sentidos, y que, ejerciendo sobre mí una fuerza irresistible, toma posesión de mi espíritu, produciéndome el más agradable éxtasis.

No es de extrañar, por lo tanto, que cuanto se relacione con ese arte cautivara mi atención, desde la edad primera, y que de él me haya ocupado predilectamente con toda perseverancia. Veinte y cinco años hace que, colocado, por razón de mi empleo, á guisa de centinela avanzada para investigar cuantas novedades se presentan en el horizonte del arte, vengo acumulando tesoros de materiales varios, recogidos en las mejores fuentes. Todo mi trabajo en la confección de este libro se ha reducido á ordenar dichos materiales, y someterlos al crisol de mis observaciones propias.

Por otra parte, han transcurrido diez y ocho años desde que publiqué en *el Correo francés* una *historia de los instrumentos musicales*, que me había propuesto reunir en un volumen. Un viaje que debí emprender á Ultramar me impidió realizar mi propósito; mas desde aquel punto no he cesado de trabajar en la obra que tengo la honra de ofrecer al público. Hé aquí en resumen su contenido.

Hállase dividida en cuatro partes: la primera comprende la *Historia de la música y su influencia en lo físico y lo moral*. Esta parte, además de hallarse enriquecida con abundancia de datos curiosísimos é interesantes, contiene algo enteramente nuevo, la especificación de los diversos efectos que en lo físico y en lo moral produce la música.—¿Cuál es la música que afecta la inteligencia?—¿Cuál es la que ejerce su influencia en los sentidos?—¿Cuál la que se relaciona con la locomoción?—¿Cuál excita más poderosamente la sensibilidad?

La resolución de estas cuestiones demuestra el papel que la música debe representar en la educación y el partido que de ella puede sacarse por la medicina. Las fecundas leyes que se relacionan con esos puntos, encontraron forma por primera vez en un trabajo sumamente conciso que tuve la honra de leer en el Instituto de Francia y en la Academia nacional de Medicina.

Otro asunto no ménos importante tratase en dicha primera parte, ó sea: ¿Qué es la música bajo el punto de vista de la moral?—¿Son benéficos los efectos de la música?—¿Son perjudiciales? Cuestión es esta que se ha

debatido en todos tiempos y bajo aspectos muy distintos; mas para mí tengo, y de mi opinión participan personas muy competentes, á quienes he sometido mi trabajo, que éste resuelve dicha cuestión de una manera inapelable.

Trátase en la segunda parte de *Acústica*, es decir, de cuanto se relaciona con la producción y la propagación del sonido, de sus cualidades, de los varios y curiosos fenómenos á que da lugar, y de la formación de la gama; habiéndome esmerado en no prescindir de noticia alguna ni dato útil, de que se halle en posesión la ciencia moderna, así en Francia como en el extranjero.

Compone la tercera parte la *Historia de los instrumentos musicales*, habiendo por mi parte estudiado cuidadosamente las sucesivas modificaciones en ellos introducidas, como asimismo las leyendas y hechos interesantes que se relacionan con dicha historia y que me ha suministrado la lectura de un sinnúmero de obras antiguas y modernas.

La cuarta parte trata de la *voz* y del *oído*, acerca de cuyo importante asunto doy las indispensables nociones, no sólo bajo el punto de vista artístico, sino del anatómico, fisiológico é higiénico.

El lector habrá comprendido, pues, que en esta obra se trata del *sonido* bajo diversos aspectos y que contiene estudios y datos que únicamente era dable encontrar en multitud de volúmenes. Escrito para generalizarse entre toda suerte de lectores, creemos, sin embargo, que puede ser de alguna utilidad á los sabios y hasta á los especialistas, con motivo de las nociones que contiene y ven la luz pública por primera vez, y de la escrupulosa fidelidad con que he procurado dar á conocer las ideas ajenas en aquellos puntos en que no he aventurado las mías propias.

He acumulado en esta obra gran número de hechos, cada uno de los cuales entraña su lección, pertenecientes á los anales de todos los siglos; hechos que justifican el esmerado afán que he empleado en mis investigaciones. Nada he omitido de cuanto puede elevar el alma, despejando las sombras de la inteligencia, para hacer de esta obra una publicación interesante, y á más de interesante, útil, objetivo principal de todos mis trabajos.

(Continuará).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. MARIANO BLANCH.

CAPÍTULO PRIMERO.

Algunas palabras por vía de introducción.—Mi infancia y mi juventud.

Comienzo mi relato un tanto embarazado, pues si he de seguir la costumbre establecida, forzoso será que me presente al lector, que le hable de mí, que en dos palabras le ponga al corriente de mi carácter.

Difícil es, cuando uno habla de sí propio, contenerse en los justos límites. Si se afecta modestia, tal vez se diga que queremos aparecer modestos para que, des-

mintiéndonos los hechos, se nos lisonjee; si en sentido contrario nos propasamos, se nos trata de fátuos, vanidosos y arrogantes, lo cual es todavía peor.

Deseando evitar ambos extremos, he adoptado un medio, gracias al cual creo satisfacer á cuantos me lean. Este medio es estampar mi retrato al frente de esta narración, como acostumbra hacerlo cuantos escriben sus memorias, sus viajes ó aventuras, lo cual me evita de paso toda descripción de mí mismo.

Muy legítimo es el deseo que abrigan los lectores de conocer las facciones de aquel que, en más ó menos páginas vá á comunicarles sus emociones, sus recelos, lo que le admira, en una palabra, todos los sentimientos de su espíritu.

Y en efecto, cuando el autor dice:—Quedé embelesado... Heléme de espanto... No pude contener la risa... y otras frases por el estilo, agrada representarse los cambios que sucesivamente imprimen en sus facciones el embeleso, el espanto ó la risa.

Confieso que tengo formada asaz buena opinion de mí mismo; sin embargo, al estampar mi retrato en estas memorias, no me impulsa un sentimiento de loca vanidad, no. Hágo lo así por las razones arriba expuestas.

Bien reflexionado, nada diré de mi carácter, ni de mis cualidades, ni de mis defectos. El lector los apreciará sin duda, como se merecen, en el decurso de este relato.

Hecha ya mi presentación, séame permitido contar con la mayor brevedad posible la historia de mis primeros días, y los acontecimientos á que debí el verme lanzado en el camino de las aventuras.

No conocí á mis padres, hallándose en el mismo caso casi todos los insectos. Cuando nacemos, han muerto nuestros padres, á veces desde tiempo atrás, de suerte que la expresion *niño mimado* no reza con nosotros. Sin embargo, no vaya á creerse que nos lancen al mundo sin ocuparse de nuestra suerte; muy léjos de esto. Difícil, sino imposible, es imaginarse cómo cuidan, en el mundo de los insectos, los padres de sus pequeñuelos, y los rasgos de abnegacion y de desinterés que los anales de nuestra historia ofrecen.

Mis primeras impresiones proceden de muy léjos, pues no adquirí repentinamente el sentimiento de la existencia. Tocante á este delicado punto son bien confusos mis recuerdos. Hé aquí lo que con seguridad puedo afirmar.

Sentíame aprisionado en una especie de caja oblonga, apretados todos los miembros contra el cuerpo. Imposible es decir cuanto tiempo hacia que guardaba tan singular postura: necesitando estar más á mis anchas me esforcé en cambiarla, con lo cual abrióse mi caja de arriba abajo.

Repuesto un tanto de la sorpresa que este accidente me causó, procuré sacar una pata por la abertura que acababa de producirse, luego otra, y despues otra: la abertura fué ensanchándose. Un tanto animado, asomé la cabeza por dicha abertura, desprendiéndose completamente mi cuerpo.

Encontréme en una á modo de cueva bastante exígua, iluminada tan sólo por un rayo de luz que penetraba por el techo á través de angosta hendidura. Mi instinto me impulsó hácia aquel punto luminoso, y redoblando mis esfuerzos traté de ensanchar la abertura, lo que conseguí no sin poco trabajo, hallándome de consiguiente enteramente libre.

Sentíme deslumbrado al herirme en pleno rostro los rayos del sol, al par que experimentaba en todo mi cuerpo inefable bienestar. Una vez desentumecidos los miembros, fijéme en los objetos que me rodeaban. Muy reducido era el horizonte, pues consistia en una especie de declive, donde en aquel momento bullian un sinnúmero de pequeños seres á mí parecidos, ó sea mi familia, mis hermanitos los grillos que, al igual que yo, acababan de salir del huevo materno.

Excusado me parece entrar en detalles tocante á los acontecimientos de mi infancia, así como de mi juventud. Con todo, no debo pasar por alto un suceso que forma época en mi vida, y que influyó no poco en modificar mi carácter, y de consiguiente en mis futuros destinos. Hablo de una catástrofe que dió al traste con la existencia, hasta entónces tan pacífica, de mi familia, haciendo acudir á mi mente las primeras reflexiones amargas. De aquel día data mi primer desencanto, que desgraciadamente no ha sido el último.

Mas ántes de narrar aquel suceso, y para que se comprenda bien cómo aconteció, creo indispensable describir someramente el sitio en que habitábamos.

Vimos la luz primera en una especie de excavacion poco profunda, rodeada de una escarpadura, producto indudable de la presion de algun pedrusco sobre la tierra. Cada uno de nos-

otros habíase abierto una pequeña gruta en la indicada escarpadura, y el terrapien central servíanos de punto de reunion. El deseo de ensanchar nuestros dominios pronto nos impelió á abrir un corredor, merced al cual pudimos salvar los límites de la excavacion comun, y á veces, sea aisladamente ó en grupos, salíamos afuera para entonar alegres cantinelas.

Durante una plácida noche del mes de mayo, abandonamos todos nuestra estrecha morada para disfrutar de la suavidad de la atmósfera. Brillaba la luna en todo su esplendor, y los más gratos efluvios embalsamaban el ambiente; ligero vapor azulado, desprendiéndose del suelo, prestaba á cuantos objetos envolvía, tonos de incomparable armonía. Todos nosotros nos sentíamos arrullados por la felicidad, sin pensar ni por asomo en el sombrío trance de la muerte.

Posado en copudo árbol un ruiseñor modulaba sus más alegres canciones. Sus trinos, á veces de una delicadeza infinita, otras de un vigor apasionado, hacian vibrar todas las fibras de mi sér. En aquellos momentos hallábanse mis hermanos entregados á alegres pasatiempos: en cuanto á mí, la emocion no me dejaba respirar; por lo cual, apartado un tanto del bullicio general, procuraba comunicarme en espíritu con el divino cantor que me



embriagaba. ¡Qué ideas tan elevadas, tan puras, tan etéreas, tan delicadas, sin duda, las de aquella criatura! ¡Cuán afortunado era en poder expresarlas con tales acentos! ¿Por qué carecía yo de alas que me llevasen hasta él para comunicarle el entusiasmo que en mí había despertado?

De repente cesó su canto. Fijé mis ojos en el árbol para indagar la causa de aquel silencio, y en el acto recibí en pleno pecho una masa de tierra que me hizo dar una voltereta dejándome casi del todo enterrado. Sólo mi cabeza estaba libre; y ¿qué es lo que ví? Un espectáculo horrible, que recuerdo no pocas veces en mis noches de insomnio. El sér divino que adoraba, cayendo de repente en medio de mis hermanos, hacia en ellos espantosa carnicería. Los sobrevivientes miembros de mi desdichada familia, locos de terror, acudían presurosos á nuestra vivienda; pero el corredor era demasiado angosto para poder penetrar todos á un tiempo. Los machos, más vigorosos que las hembras, se valían de cuantos medios da la fuerza para pasar los primeros. ¡Cómo nos vuelve egoístas y crueles el miedo! ¡Pobres hermanas mías! Me parece estarlas viendo implorar, ora la conmiseración de sus hermanos, ora la del odioso ruiñeñor. Pocas se libraron de la matanza. Por lo que á mí toca, debí la salvación á la tierra que me cubría, ya que ésta me ocultó á las miradas de la horrible criatura. Más tarde encaminéme á nuestra morada, en la que reinaba la mayor desolación. De toda mi familia, sólo habían quedado con vida ocho hermanas y veinte y dos hermanos. Guardéme bien de censurar el proceder de estos últimos; su falta debía imputarse al instinto de conservación: á haberme yo encontrado en su lugar, tal vez hiciera lo mismo. Por otra parte, su actitud me indicaba con harta evidencia que interiormente reprochábanse, y no poco, su conducta.

Me he extendido algun tanto sobre este episodio, porque, según creo haber dicho ya, influyó en gran manera en mi futura suerte. Amargas fueron mis reflexiones, y desde entonces quedé convencido de que debía desconfiar de mis primeras impresiones, y que á veces es peligroso dar oídos á nuestros sentimientos, así como dejarse guiar por irreflexivo entusiasmo. Asimismo me persuadí de que las criaturas más amables y seductoras pueden ser las más péfidas y temibles. En el curso de mi vida aventurera, sólo he tenido ocasión de confirmar este juicio.

El hecho que acabo de relatar influyó de otra suerte en mi existencia, pero por motivos enteramente distintos.

No tardaron en presentarse síntomas de discordia en

nuestras relaciones familiares. Las discusiones, que ántes terminaban amistosamente, adquirieron nuevo carácter; muchas veces se agriaban, viéndome obligado á menudo á intervenir para que no degeneraran en combates. No estará de más decir que todos habíamos crecido, y que en nosotros se había operado, así física como moralmente, una verdadera trasformación que, lo confieso sin rodeos, más nos honraba en la parte física que en la moral. Un sentimiento nuevo, desconocido hasta aquel entonces, ocupaba el puesto de la amistad que ántes nos profesábamos. Los celos, esa pasión violenta, madre de tantos males, iba invadiendo el corazón de mis hermanos: pronto la vida en común se nos hizo insoportable, y de consiguiente nos separamos, tomando cada cual el rumbo que mejor le plugo, para excavar una habitación propia. El sitio do se había deslizado nuestra infancia era una pradera

suavemente inclinada hacia el mediodía. Algunos añosos árboles, creo que nogales, desparramados, prestando sombra á varios sitios, dejaban expuesto el restante terreno á los rayos del sol. Estos son los lugares que más apreciamos nosotros los grillos. Por lo tanto, establecíme al abrigo de un pedrusco algo elevado, y desde cuyo punto sin alejarme mucho, podía disfrutar del delicioso panorama que á mis piés se extendía. Confieso que aquí vivía en el mayor aislamiento. Se me olvidaba decir que después de la catástrofe ya relatada, mirábanme mis hermanos con cierta prevención y me tenían como aislado de ellos, tal vez porque mi presencia les causaba cierta confusión, al recordar que yo había sido testigo de su indigna conducta para con mis débiles hermanas; y eso que jamás les reconvine como se merecían, ni nunca había hecho recaer la conversación sobre el parti-

cular, ni ménos me había valido de indirecta alguna. Pronto dicho sentimiento degeneró por su parte en verdadera aversión, y lo que más me afligió es que mis hermanas no tardaron en compartir las malas disposiciones de los machos respecto á mí. Cierta día, bajo un fútil pretexto, uno de mis hermanos buscóme querella, y de improviso, cuando ménos lo esperaba, se me echó encima con las más negras intenciones: natural era la defensa, pero en esa lucha fratricida tuve la desgracia de asestar al agresor un golpe mortal, lo cual me llenó de espanto, sin rodeos lo confieso.

Nadie presenció el fratricidio; con todo, no titubearon mis hermanos en imputármelo; de lo que deduje, y con sobrada razón, que de antemano estaba concertada la agresión de que acababa de ser objeto, sólo que el asunto había tomado un cariz muy distinto de lo que



mis enemigos deseaban. Temeroso, pues, de que se tramasen nuevo plan, y esta vez mejor combinado, para hacerme desaparecer de la escena, resolví sin titubear, abandonar mi nueva vivienda, á fin de salvar mi pellejo.

Una vez tomada esta determinacion, nada me movia á retardarla, ántes bien asistíame un excelente motivo para precipitarla. Sin embargo, aguardé para emprender la marcha á que el sol se ocultara, y, segun costumbre, subí á mi atalaya, es decir, al pedrusco, pues queria dar el último adios á cuantos objetos me rodeaban.

El dia de mi partida me mantuve silencioso; en vez de cantos exhaló mi pecho ahogados suspiros. Durante largo rato me extasié contemplando los vetustos árboles desparramados por la pradera, así como la sinuosa senda que la cortaba, las plateadas aguas que por el fondo del valle serpenteaban, la lejana poblacion, las hileras de árboles cuyas hojas arrullaba la nocturna brisa. ¡Adios

tierra de mi infancia! ¡por última vez te contemplo! Al descender de mi observatorio no pude ménos de reflexionar como, insensiblemente, cobramos amor á las cosas que nos son familiares, y cuánta pena sentimos al dejarlas, aun tratándose de aquellas que nos han sido más indiferentes.

¿Creerá el lector que me sentí conmovido al fijar la vista en una bardana que habia crecido vigorosamente á espaldas de mi habitacion? Fácil me fuera decir cuántas hojas tenia, las que habia visto desarrollarse una tras otra, siéndome asimismo familiares las abejas que libaban el jugo de sus flores. Cierta dia una larva de cáside establecióse en una de sus hojas, con la que se nutria. Al principio me encolerizó lo que consideraba una especie de profanacion de mi planta favorita, empero vino la reflexion á calmar tan injusto sentimiento, y finalmente llegué á profesar amistad á mi vecina, la cual escuchaba complacida mis cantos. Sin duda que, halagado por el homenaje rendido á mi talento, yo habia desechado la repugnancia que en un principio me inspiró su natural desaseo. Sabido es que en su juventud tienen las cásidas la detestable costumbre de cubrirse el cuerpo con sus propios excrementos. Con tal motivo, en los primeros dias de nuestro conocimiento apliqué á la cáside un epíteto asaz picante, lo que no pareció ofenderla, ántes bien dióme á entender con la mayor afabi-

lidad que no le extrañaba la repugnancia que me inspiraba, repugnancia que la humillaba, pero que el desasosiego que yo le echaba en rostro no era en ella aficion ó negligencia, sino verdadera necesidad; que á vivir al descubierto sobre las plantas los miembros de su familia, serian pasto de las aves enemigas; que lo que á mí me repugnaba, idéntico efecto producía en sus terribles perseguidores, y que, despues de todo, la vida es cosa harto preciosa para que se pasen algunas pequeñas incomodidades con tal de conservarla. No pude ménos de inclinarme ante razones tan convincentes, y hasta, segun ya he dicho, trabamos los dos amistad bastante sólida. Poco ántes del dia á que hemos llegado en nuestro relato, la cáside se metamorfoseó; cobrando alas, emprendió rápido vuelo.

Engolfado en mis reflexiones pasó la tarde; el sol cayó en su ocaso, viniendo á reemplazarle las sombras de la noche.

Entónces, sacudiendo mis recuerdos, alejéme de aquellos sitios testigos de mi juventud, sin mirar hácia atrás ni una sola vez.

(Continuará).



FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS,

Catedrático de la Escuela de Ingenieros industriales de Barcelona.

ALUMBRADO ELÉCTRICO.

Entre todas las grandes y recientes aplicaciones de la Física, la que hoy más preocupa á muchos sabios, á no pocos ingenieros, á la prensa científica y al público todo, es la del alumbrado por medio de la electricidad.

La Física, ciencia de donde arrancan los descubrimientos modernos que con más energía impulsan el progreso material del mundo, nos acaba de llenar de asombro con la maravilla de las maravillas, el teléfono de Graham Bell, y con el fonógrafo de Edison, encanto y sorpresa á la vez de todos los sabios; y hoy pugna con todas sus fuerzas para resolver por completo, en teoría y en práctica, en el terreno científico y en el económico, en los grandes locales y en las plazas y calles de las poblaciones y hasta en el hogar doméstico, el importante problema del *alumbrado eléctrico*.

Y hay que confesar que en alguna de sus partes lo ha resuelto ya.

El ensayo que acaba de hacerse en París para iluminar eléctricamente algunas de sus calles, ha producido tan grata impresion en el público y ha revelado á los ojos de los más desconfiados físicos tal pujanza de medios y tal cúmulo de dificultades vencidas, que la resolucion del problema ha atraído la atencion de todos, y ha despertado el más vivo interés.

El asunto que vamos á abordar es nuevo, palpitante, poco conocido.

La prensa diaria ha dado sobre él noticias erróneas ó inexactas que han extraviado la opinion pública. Sobre él se cruzan hoy telégramas de un mundo á otro. De él dependen intereses materiales de grandísima importancia que pueden verse comprometidos en todo ó en parte, con razon ó sin ella, por el solo anuncio de una dificultad científica ó práctica vencida, ó de un ensayo feliz ó desgraciado.

Hé aquí porqué esta cuestion despierta hoy tan vivo interés, aparte del que siempre tiene de curiosidad científica; hé aquí porqué su estudio tiene hoy el carácter de oportunidad; hé aquí porqué la hemos elegido entre todas las de la ciencia para tratarla en primer lugar en EL MUNDO ILUSTRADO.

Y como esta publicacion no tiene el carácter de la revista científica especial que supone en sus lectores el completo conocimiento de la ciencia, sino que solamente exige de los suyos aquellos rudimentos que la ilustracion general requiere, debemos tratar la cuestion del alumbrado eléctrico (como las trataremos todas) abarcándola en su totalidad, *exponiendo los principios fundamentales, explicando los fenómenos en su parte esencial; todo ello sin más aparato científico, ni más lujo de detalles que lo estrictamente necesario para dar á conocer la ciencia y popularizarla haciendo sentir el atractivo de su encanto y dando la clave de sus sorprendentes aplicaciones. De este modo los artículos de la seccion de Física podrán, reunidos, formar un TRATADO que abarque todo lo principal que constituye la ciencia.*

La resolucion del problema del alumbrado eléctrico en toda su extension exige:

PRIMERO.—*Un generador de electricidad.*

SEGUNDO.—*Hilos conductores* que trasporten el flujo eléctrico desde el generador á los sitios en que ha de ser utilizado como luz.

TERCERO.—*Los aparatos de alumbrado*; esto es, los aparatos en que el flujo eléctrico deja la forma invisible que tiene mientras corre por el conductor, para trasformarse en luz. Estos aparatos se han llamado, unos, lámparas ó reguladores eléctricos, y otros bujías eléctricas.

Hasta hace algunos años, para obtener una luz eléctrica de notable intensidad no se emplearon otros generadores de fluido eléctrico que las pilas, en las cuales se obtiene éste como un efecto directo de la accion química; mas la luz obtenida por este medio sale tan cara y tiene tantos inconvenientes la manipulacion de las pilas, y exige tantos cuidados, que á no haberse inventado otros generadores de electricidad, la aplicacion de la luz eléctrica hubiera quedado reducida á algunos casos muy especiales. La invencion de nuevos generadores de fluido eléctrico muy superiores á las pilas, bajo todos conceptos, para la produccion de luz, ha hecho posible el desarrollo que vá tomando el alumbrado eléctrico. Estos nuevos generadores, llamados *máquinas magneto-eléctricas*, entre las cuales figura en primer lugar la de Gramme, convierten en electricidad la fuerza mecánica ó trabajo mecánico ordinario, ya sea el muscular, ya el de una máquina de vapor, ya el de una rueda hidráulica ó el de un molino de viento.

Siguiendo el orden natural deberíamos empezar el estudio del alumbrado eléctrico por el generador del fluido, seguir despues describiendo los conductores de éste, y acabar por los aparatos de alumbrado; mas en gracia del interés que despierta hoy el alumbrado público, y para no perder la ocasion de oportunidad, vamos á empezar por esta aplicacion, exponiendo el sistema que se ensaya hoy en París, llamado *sistema Jablochkoff*, dejando para despues el estudio del generador de Gramme, cuya perspectiva damos en la figura adjunta.

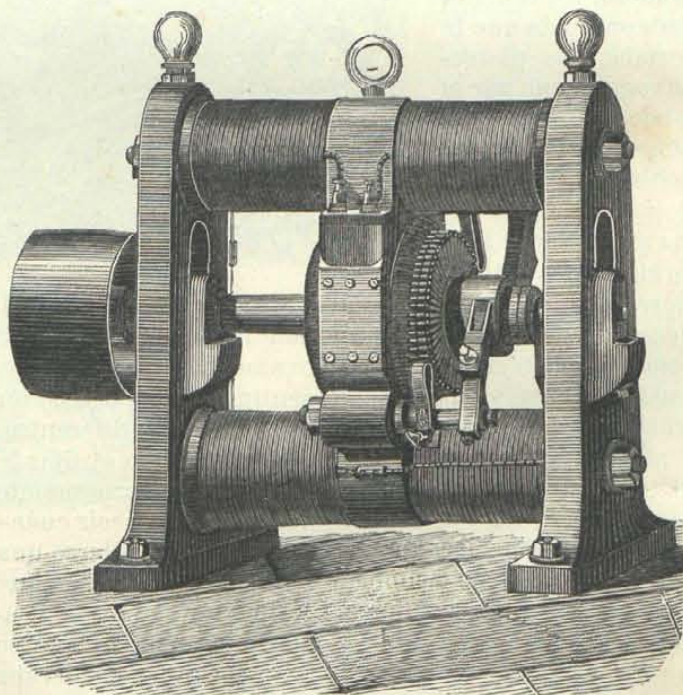


FIG. 1.—Generador Gramme.

TRASFORMACION DE LA ELECTRICIDAD EN LUZ.

Antes de entrar en materia debemos exponer algunos preliminares, para que sean claras é inteligibles nuestras ultteriores explicaciones.

Todos los aparatos de alumbrado eléctrico que han tenido verdadero éxito, esto es, que han podido resistir una prolongada experiencia y aclimatarsen en la práctica, consisten esencialmente en dos barritas delgadas de carbon denso y homogéneo, artificialmente prepara-

das. Supongamos estas dos barritas talladas en punta en uno de sus extremos, y comunicando respectivamente con los dos polos del generador de electricidad, por el intermedio de dos conductores aislados, más ó menos largos. Estos conductores son ordinariamente alambres de cobre recubiertos de una capa aisladora de *caoutchouc*. La barrita de carbon que comunica con el polo positivo del generador se llama *carbon positivo* y la otra *carbon negativo*.

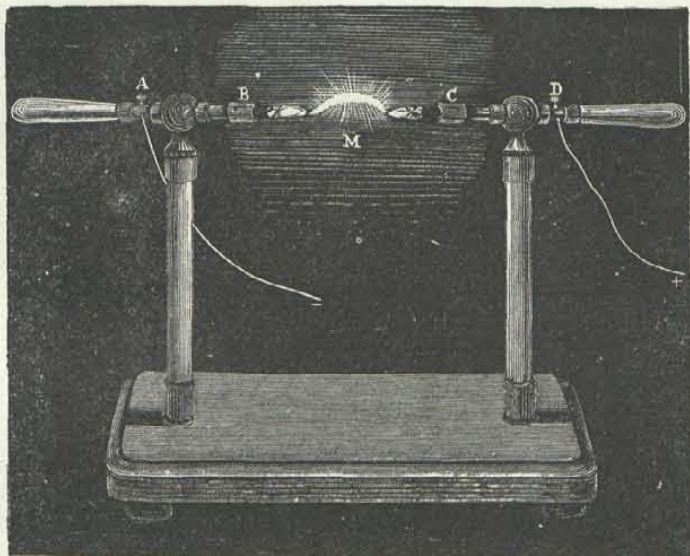


Fig. 2. — Luz eléctrica.

Ahora bien; si cogemos (con tenazas ó mangos de vidrio, para poner nuestro cuerpo á cubierto de una descarga eléctrica) ambas barras de carbon, y hacemos que se toquen por sus puntas, tendremos lo que se llama *un circuito cerrado*, y si no se tocan, el *circuito* estará *abierto*. En el segundo caso, el fluido eléctrico, que *podemos suponer* que se acumula en el polo positivo del generador, no puede ir al polo negativo, por su incapacidad ordinaria para salvar el espacio aéreo que separa las puntas, aunque este espacio sólo sea de un milímetro: entónces no circula fluido por los conductores; entónces *no hay corriente*. En el primer caso, ó sea cuando se tocan las puntas de las barras de carbon, el fluido eléctrico puede ir desde el polo positivo del generador al negativo, siguiendo el camino que le traza el primer conductor, el carbon positivo, el negativo, el segundo conductor: entónces el fluido circulará por el circuito; entónces *hay corriente*. En cuanto hay corriente, si es suficientemente enérgica, veremos la luz eléctrica formarse entre las puntas de carbon, las cuales se ponen incandescentes.

Una vez obtenida esta incandescencia de las puntas, podemos separar los carbonos, uno, dos, cinco ó más milímetros, segun sea la energía de la corriente, sin que ésta cese de existir, y sin que la luz se extinga; de modo que el paso de la corriente de una punta á la otra, al través del aire, que no fué posible cuando las puntas estaban frias, lo es ahora. Este fenómeno se explica considerando que el sitio que separaba las puntas en el primer experimento, estaba ocupado por el aire frio, el cual *conduce* mal el fluido del generador; y ahora ese espacio está ocupado por una pequeña atmósfera compuesta de partículas carbonosas que el fluido arrastra consigo, de vapor de carbono y de aire á una elevadísima temperatura; y esta atmósfera es bastante conductora para permitir el paso al fluido: ella forma el puente por donde el fluido puede pasar de una á otra punta del carbon; pero este puente se lo ha de fabricar la corriente misma: de aquí la necesidad de empezar haciendo que se toquen las puntas.

Esta pequeña atmósfera brillantísima que existe entre las puntas del carbon, y que se ve en M (figura 2), es lo que se ha convenido en llamar *el arco voltaico*; arco, por la forma arqueada que presenta, y voltaico en memoria del ilustre Volta, inventor de la primera pila eléctrica. El arco voltaico es lo que ordinariamente se llama luz eléctrica, aunque este nombre conviene también á otras.

El arco voltaico tiene un brillo ó intensidad luminosa que seria la mitad de la del sol, si el sol tuviera el mismo tamaño que el arco. La temperatura del arco es la más elevada que el hombre puede producir; en el arco funden y se volatilizan todos los metales y aun los cuerpos más refractarios. El brillo del arco se debe á las partículas carbonosas calentadas extraordinariamente. Fácilmente se comprende que si todas las sustancias puestas en el arco funden, se descomponen ó se volatilizan, las puntas de nuestros carbonos que sirven de apoyo á las dos puntas del arco voltaico sufrirán análoga destrucción, á la cual se agregará su combustion si están en el aire. De aquí se deduce que los carbonos se irán consumiendo y que la distancia entre las puntas se irá agrandando, y llegará á un límite tal, que la corriente no podrá salvarla, y cesará la circulacion del fluido y la luz se extinguirá. Para que esto no suceda, es preciso ir acercando los carbonos uno á otro en la misma medida que se van consumiendo, de modo que la distancia de las puntas permanezca siempre la misma. Se han construido aparatos con un mecanismo tal, que la operacion de acercar los carbonos se hace en ellos automáticamente.

De estos aparatos, que se llaman *reguladores eléctricos*, y tambien *lámparas eléctricas*, nos ocuparemos más adelante.

La experiencia ha enseñado que los dos carbonos entre los cuales se forma el arco voltaico, no se consumen con igualdad. El *carbon positivo* se consume con doble rapidez que el *negativo*, y se calienta mucho más que éste. El arco voltaico puede obtenerse entre dos conductores cualesquiera, en vez de las dos barras de carbon; pero para lo obtencion de luz, los carbonos son, hasta el dia, la sustancia más conveniente.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuará).

EL ARTE EN LA CASA,

POR

D. F. MIQUEL Y BADÍA.

Es opinion muy extendida que sin mucho dinero no puede alhajarse bien ni siquiera medianamente una casa. Suele tenerse tambien entre el comun de las gentes por máxima inconcusa que la riqueza es elemento indispensable de la belleza, de donde se origina que no se concibe ser posible decorar y amueblar una habitacion con verdadera economía é imprimir en todo un sello de elegancia, de buen gusto, de arte que cautive á las personas más refractarias á esta clase de impresiones y que sea á la vez atractivo potente del hogar doméstico. Falsa opinion la primera y falso supuesto el segundo. No seremos nosotros quienes neguemos, porque seria estupidez mayúscula negarlo, que la riqueza ayuda muchas veces poderosamente á realzar el valor artístico de un mueble, de un jarron, de un objeto cualquiera; pero tampoco olvidaremos nunca que el exceso conduce en seguida á lo chillon, á lo fastuoso exagerado y que revela falta de delicadeza en el sentimiento estético de dueños y artifices.

En varias leyendas populares asoma con frecuencia una hada cuya varita mágica tiene poder para trasfigurar los seres animados y los objetos de la naturaleza,



EL DOLOR DE LA VIUDA.

(Véase la página 32.)

haciéndoles bellos, buenos y simpáticos. Ya es un rudo pastor enamorado de gentil princesa, de rostro, el amador, sobradamente feo, pero de alma superlativamente hermosa, á quien la varilla de la hada convierte en el caballero más gallardo, más apuesto que hayan podido pintar los encantados pinceles de los Van-Dick, Ticianos y Veroneses: ya obra la hada maravilla igual en una aldeana zahareña que persigue un fantasma, un imposible en la persona de un mancebo que se le apareció y del cual no se sabe si fué realidad viviente ó sueño de imaginación de poeta encerrada en vaso de rudísima arcilla; ora hace amable á una fiera prestándole voz melodiosa que se insinúa dulcemente en lo más recóndito del pecho, ó por fin alcanza que semeje alcázar dorado la pobre cabaña, jardín deleitoso la hondonada perdida entre montes fragosísimos, gótico salón el fondo de misteriosa gruta, alcatifa de Persia el campo lleno de eizaña, y fragancia sabe la de las plantas y flores ménos olorosas y al olfato agradables. Pues bien, esta hada que tales prodigios obra, cuenta descendientes en el mundo real en que vivimos y en la generación presente como en las generaciones pasadas; las hijas de esta hada por virtud de secreto, instintivo gusto, al poner sus manos en cualquiera habitación, al arreglar cualquier traje, al agrupar cuatro ramitos y cuatro flores, trasforman lo vulgar en distinguido, lo feo en hermoso, lo que no place á la vista ántes le repugna, en embeleso y delección de los ojos. Al entrar en una casa, toda persona dotada de medianas aficiones artísticas nota en seguida si ha andado por ella alguna hija de la hada legendaria. ¿Qué importa que los muebles sean modestos y baratos por su coste, si en la elección se ha buscado la sencillez, que no miente el lujo ni aspira á figurar en esfera más alta de la que le corresponde? ¿Qué importa que las colgaduras sean de pereal y las paredes no tengan más adorno que modestos grabados, fotografías ó litografías, si en las primeras se advierte feliz elección en el dibujo y en los colores, habilidad en el plegado, gracia en los adornos nacidos del uso mismo á que están destinados, y si las segundas por sus asuntos y por los autores de éstos revelan en quien las escogió inteligencia, sentimiento artístico más ó ménos cultivados?

Si al azar recorriéramos algunas de las modernas habitaciones, encontraríamos repetidos y elocuentes ejemplos de cuanto influye el buen gusto natural de los dueños en dar valor y artístico aspecto á un comedor, dormitorio, salón de recibo, etc., etc. Diríanos esta revista que es cosa muy frecuente emplear miles y acaso millones de reales en el decorado de una casa y conseguir á la postre un fárrago de muebles, jarros, cuadros, colgaduras y demás objetos de uso doméstico, ricos si se quiere por el oro y la seda que contienen, deslumbradores por sus brillantes tintas, mudos pregoneros de los doblones que el propietario guarda en sus gabetas; y á renglón seguido nos enseñaría que con la mitad, ó la tercera ó cuarta parte del gasto, hubiera logrado persona de buen olfato artístico dar mayor carácter á todas las dependencias de la casa, mayor elegancia á las que debieran tenerla y mayor severidad á las que por su destino lo exigieran, mayor señoril aspecto á las salas y camarines, y hasta—pásmense nuestros lectores—mayor aspecto de riqueza al todo y á cada una de sus partes, ya que no es rico ni aparenta serlo quien arroja puñados de oro como monedillas en día de bautizo, sino quien lo emplea tan discretamente y de manera tan poco sonada que indique ser en él ocupación diaria, elemento común de su existencia. Acontece con las casas lo que con los individuos: hay quien por darse aires de caballero se viste con el mejor sastre y emplea en sus trajes las telas más

costosas, y no consigue hacer olvidar el adagio «aunque la mona se vista de seda, mona se queda,» mientras que otro que arrambó con un gabán en el primer bazar que le salió al paso, transmite al traje cortado por mala tijera su propio garbo y gentileza. En esto consiste la virtud de la varilla mágica de la hada, virtud que como es de suponer no ha de encontrarse en su grado máximo en gran número de personas, pero de la cual no es empresa difícil alcanzar una mínima parte siquiera, merced á cuyo auxilio y á la observación bien empleada se logren resultados que semejen acaso fruto de la ciencia y el arte más sólidos é inspirados.

Cuando un conocimiento ó por lo ménos un instinto de esta clase han presidido en el arreglo del ajuar de una casa y en su decoración toda, bien puede afirmarse que se ha realizado en su presupuesto una economía positiva, sobre el que hubiera exigido el tren fastuoso de muchas de las lujosas habitaciones modernas, economía importante ya desde el momento mismo en que se acabó de llevar á ejecución el proyecto, y que ha de dar crecidísimo interés á cada año que trascurra despues de haberse terminado. Vense con sobrada frecuencia armarios, alacenas, mesas, sillones, sofás y otros muebles de maderas diversísimas llenos de trabajos de talla, escultrados muchos con primor realmente admirable, aunque también con exceso de precisión y delicadeza y falta de amplitud, de espontaneidad, de carácter artístico. Sucede asimismo con no ménos sobrada frecuencia que el armario ó el sillón repletos de imaginaria y hojarasca talladas, necesitarían ser puestos debajo de fanales ó en sitio á donde no pudieran recibir golpe de ninguna especie, so pena de amanecer con mellas y roturas á los pocos días ó á los pocos meses de haber salido de los talleres del artífice. Y sucede todavía cosa más grave con muebles de la traza indicada ó sease que muchas veces si no son del todo inútiles para el empleo á que se les destina, presentan muchísimos inconvenientes y molestias, por donde no hay medio de aplicarles la calificación de confortables ó confortativos, como si dijéramos de perfectamente apropiados á las necesidades caseras que han de satisfacer. ¿Quién no se ha sentado alguna vez en cualquiera de esos sillones tallados, muy adornados, muy enriquecidos, pero en los cuales no hay medio de apoyar cabeza ni manos, ni de mover sin percance, parte ninguna del cuerpo humano? Si por el natural movimiento de reclinar la cabeza en el respaldo, que permite la tertulia de familia ó de regular franqueza, mueve la suya el que está sentado, topa con un miembro saliente en forma de concha, hoja, feston ó animal quimérico y sale con un chichón incipiente en las sienes ó en el colodrillo. Si en medio de una conversación animada aprieta un poco el brazo del sillón en que simplemente apoyaba la mano ¡guay de la mano! porque una cabeza de bestia ó de persona que hace allí oficios de mascarón de popa le clavará en los dedos y en la palma sus partes salientes, magullándoselos y lastimándosela de una manera tanto más dolorosa cuanto más inesperada. Y ¡cómo recordará entónces el maltrecho visitante aquellos viejos aristocráticos sillones de vaqueta ó cuero de Córdoba, tan simples, tan gallardos, tan sólidos, en los cuales el cuerpo caía como atroquelado siguiendo asiento y respaldo los movimientos que les imprimía, y dentro de los que se puede recorrer cómodamente la extensión que media desde la reverente postura de visita de cumplido, hasta la actitud arrellanada y de *sans façon* con que en el aislamiento del gabinete se saborea la lectura de un libro entretenido! ¡Cómo se le ocurriría que todos aquellos florones, mascarones, grifos, etc., etc., de mucho coste y labor prolija, no

daban al mueble el aire marquesil, la severa y vistosa figura que al sillón antiguo de cuero le imprimían los grabados con heráldicos escudos ó con las iniciales solas del dueño, los enormes clavos que hacían á maravilla el doble oficio de decoracion y de medio para sujetar fuertemente la vaqueta, los brazos anchos, suavemente encorvados por el extremo para ser apoyo y no molestia de quien en ellos descansara los suyos, y por fin las piernas ligeramente torneadas y robustos sustentáculos en la realidad y en la apariencia!

Y hé aquí por dónde y cómo sin sentirlo hemos venido á fijar un principio que no ha de olvidarse nunca en el decorado y ajunar de las habitaciones, porque al par que elemento de belleza es causa de economía positiva. Nos referimos á la solidez de los objetos de toda suerte, entendiendo por tal cuanto se dirija á asegurarles más larga existencia. No hay duda que en la actualidad se adquieren muebles y telas á precios fabulosamente baratos, como es también verdad notoria que los adelantos industriales realizados en nuestros días, han llevado al hogar de las familias más modestas artículos de mobiliario y vestido, de lujoso y vistosísimo aspecto que ántes quedaban reservados para casas muy contadas y pudientes. Pero á la vez que es verdad irrefutable lo que hemos afirmado, es también hecho que puede fácilmente comprobarse la realizacion diaria del vulgar adagio «lo barato suele costar caro.» ¿Qué duracion han de tener armarios, mesas, sillones y otros trastos fabricados hoy «á la malicia,» como suele decirse, perramente ensamblados, hechos con maderas viciosas, montados adrede para mentir al exterior cualidades opuestas á las que descubren interiormente examinados? Y lo que preguntamos acerca de los muebles podríamos extenderlo á las telas, á los útiles, á los cachivaches de uso ordinario en todas las casas. Resulta por lo mismo ser precisa una renovacion periódica del mobiliario y de las colgaduras, y por lo tanto nuevos gastos que no traen consigo ventaja alguna, pues ningún lector discreto tendrá por tal la casquivana satisfaccion de cambiar de arriba abajo una casa por el solo afán de arrinconar lo viejo y sustituirlo por cosa nueva y flamante. Demos de barato que un sillón á la moda, labrado por ebanista y tapicero que goce de renombre entre la gente *fashionable*, cueste ménos, bastante ménos que un sillón de terciopelo ó de cuero de Córdoba, según el destino que haya de dársele, construido y clavado á la manera como construian y clavaban los suyos los ebanistas de pasados tiempos, á quienes hoy con acordado juicio comienzan á estudiar é imitar los contemporáneos. Supongamos más aun; supongamos que el tal sillón vale en venta la mitad cabal de lo que habria de pagarse por un sillón como el descrito anteriormente, y á pesar de tantas concesiones resultará claro todavía que es más económico, produce mayor ahorro para la casa el segundo adquirido por una onza de oro, verbigracia, que el primero pagado en un doblon de á cuatro, prescindiendo—y no es poco prescindir—de su mayor comodidad, *confort* y belleza. El sillón labrado á la malicia durará diez ó veinte años, no sin llegar al término de este plazo roto como soldado que viene de lengua guerra: el majestuoso sillón de terciopelo ó cuero con clavos de acero ó dorados, verá transcurrir los años sin cambiar forma ni figura, sin destrozos sensibles, hasta convertirse en mueble centenario y adquirir aquel hermoso y venerable color, embeleso de los artistas de veras y de las personas que sin profesar el arte comprenden, por natural instinto ó por educacion, cuanto en grado mayor ó menor encierra en sí elementos duraderos de belleza.

(Continuad.)

F. MIGUEL Y BADIA.

AMAPOLA.

CUENTO DE FERRAULT.

(Véase el grabado de las páginas 20 y 21).

Érase que se era una aldeanita como un pino de oro. Su madre se miraba en ella, y su abuela la llevaba en palmas, y le traía las pajarillas volando.

Donosa estaba la niña con su monterita, regalo de la abuela, y sin duda por el color de la monterita, todas las gentes del pueblo la llamaban *Amapola*.

Un día que su madre hizo tortas, le dijo:

—Anda, véte á casa tu abuelita á ver cómo se encuentra, pues me han dicho que estaba enferma. Llévale una torta y un tarrito de manteca.

Amapola echó á andar hacía casa su abuela, que vivía en un lugarejo circunvecino. Al pasar por el bosque, cata ahí que te me encuentra al señor Lobo. Maese Lobo muy bien quería comérsela; mas no se atrevió, porque á corta distancia estaba trabajando un leñador. Preguntó el Lobo á Amapola á dónde iba, y la inocente muchacha, que ni por pienso podía barruntar cuán peligroso era el dar oídos á un lobo, le contestó con candor:

—Voy á casa mi abuelita á llevarle de parte de mi madre esta torta y este tarro de manteca.

—¿Vive lejos tu abuela? preguntó el lobo.

—¡Vaya si vive! exclamó Amapola: allá al otro lado del molino que se descubre junto la primera casa del pueblo.

—¿Qué me place! añadió el Lobo. Cabalmente yo habia pensado ir á visitar á tu abuela. ¡Ea! coge tú ese camino, que yo iré por esotro. A ver quién llega ántes.

El Lobo, más listo que Cardona, tomó el camino más corto, y Amapola pian piano fué siguiendo el más largo, entretenida en coger avellanas, en correr tras las mariposas, y en hacer ramilletes de florecitas silvestres.

En un volver de ojos llegó el Lobo á casa de la abuela, y llamó á la puerta. Tras, tras.

—¿Quién?

—Soy yo, soy Amapola, dijo el Lobo fingiendo la voz. Abre, que de parte de mi madre te traigo una torta y un tarrito de manteca.

La huena de la abuela, que por hallarse indispueta guardaba cama, contestó gritando:

—Corre el pestillo, y se abrirá el portillo.

El Lobo corrió el pestillo, y se abrió el postigo de par en par. Como hacia tres días y tres noches que su mercé estaba á diente como haca de bulero, cate usted, que sin decir esta boca es mía, se arroja de sopetón sobre la pobre vejezuela, y en un santiamén la devoró.

En seguida cierra la puerta y se acuesta en la cama de la abuela, esperando á Amapola, que no tardó en llamar. Tras, tras.

—¿Quién?

Amapola al oír la bronca voz del Lobo, de pronto se asustó; pero creyendo que era que su abuela estaba constipada, dijo:

—Soy yo, soy Amapola. Abre, abuelita, que de parte de mi madre te traigo una torta y un tarrito de manteca.

El Lobo, procurando suavizar el sonido de sus palabras, dijo á su vez:

—Corre el pestillo, y se abrirá el portillo.

Amapola corrió el pestillo, y se abrió el postigo de par en par.

El Lobo, no bien la vió entrar, muy arrebujaado con la ropa de la cama, le dijo:

—Mira, pon la torta y el tarrito de manteca dentro la artesa, y ven á acostarte.

Amapola se desnuda, y se mete en la cama; pero

¡válame Dios, cuán grande fué su asombro al ver la facha de su abuela en porreta!

—Abuelita, dijo: tienes unos brazos muy grandes.

—Son para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unas piernas muy grandes.

—Son para correr mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unas orejas muy grandes.

—Son para oír mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unos ojos muy grandes.

—Son para ver mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unos dientes muy grandes.

—Son para comerte.

Dicho y hecho. El pícaro Lobo se arroja sobre la infeliz Amapola, y ¡zàs! se la comió.

Indicios dais de no cabal sentido,
Niñas de buen palmito y lindo talle,
Que prestais blando oído
Al primero que pasa por la calle.
Si ogaño como antaño
Tantas se come el lobo, no es extraño.
Sabido es que los lobos carniceros
Son de varias maneras;
Que los hay zalameros,
Muy rendidos, muy tiernos y muy finos,
Que al olor de las niñas hechiceras
Corren casas y calles y caminos.
Y esos lobos de alcorza y de jalea,
Segun consta en antiguos pergaminos,
Son ¡pesia tal! los de peor ralea.

Traducido por
JOSÉ COLL Y VEHÍ.

EL DOMINGO EN EL CANADÁ.

(Véase el grabado de la pág. 8).

Rigoroso en extremo es el invierno en el Canadá, aun tratándose del llamado Bajo, que casi no abarca mayor latitud que los 47°. A la proximidad del Océano, á las grandes masas de agua interiores y al ancho cauce del gigantesco río San Lorenzo, débese que en invierno sea extraordinariamente baja la temperatura de la costa occidental. Con todo, el verano de aquella region, aunque corto, ofrece tan elevada temperatura como en los países de Europa situados en las mismas latitudes. Véase sino, como se han aclimatado allí los frutales propios de comarcas cálidas, tales como el cerezo, el albaricoquero, el manzano, etc. Naturalmente que á los rigores invernales del clima están acomodadas y ajustadas las viviendas, ora respecto á su especial construccion, ora en cuanto á su órden interior, y lo mismo sucede con el sistema de acarreo y con los trajes de los habitantes.

A principios de noviembre suele nevar en abundancia; entónces como por arte mágico los campos más lozanos y los más frondosos bosques quedan convertidos en inmenso mar de hielo, dificultándose mucho el tránsito, sobre todo en los primeros momentos ó sea cuando aun no ha cobrado consistencia la nieve.

Los moradores del Bajo Canadá en su inmensa mayoría son católicos, no dejando ninguna familia de asistir á los divinos oficios del domingo. Así que el tañido de la campana llama á los fieles al templo, éstos abandonan presurosos sus viviendas para cumplir con el sagrado precepto, viéndose grupos de personas de todos sexos y edades perfectamente arropadas, como requiere la inclemencia del clima. Llevan los varones chalecos de piel de oso ó gabanes forrados y adornados de pieles, anchos pantalones y unas polainas de piel de ciervo sin curtir, que les suben hasta las rodillas. Usan las mujeres largos abrigos tambien de pieles y sombreros de fieltro de anchas alas rectangulares. Pero así hombres como mujeres, jóvenes y viejos, calzan una especie

de abarcas á propósito para la nieve: esas abarcas son unos aros de fuerte madera guarnecidos de una á modo de red de cuerdas ó de cuero, las cuales se sujetan al pié con una correa, y gracias á este calzado pueden los canadienses marchar sin peligro y fácilmente encima de la nieve, por blanda que esta sea, segun se ve en nuestro grabado.—V.

UN MAL ENCUENTRO.

(Véase el grabado de la pág. 16).

Si despues de muchísimos meses de encierro forzoso en vetusta encina, en estado de larva y crisálida sucesivamente, aparece al caer de la tarde de un tranquilo día de verano el precioso insecto coleóptero llamado por los naturalistas *Lucanus cervus* y vulgarmente conocido por *Ciervo volante*, por más que revestido de poderosos élitros ó robusta coraza y provisto de grandes mandíbulas dentadas, presente el aspecto de un sér guerrero dispuesto á combatir y aceptar el reto que otro animal de su clase le presente, no es así en realidad. Durante sus metamorfosis en el seno de añejo tronco, fué cuando ejerció su accion destructora abriendo anchas galerías en el vegetal que le sirvió de alimento y morada, ya comprometiendo su existencia ó acelerando su descomposicion. Si ahora se presenta en la superficie, á la luz del día, y recorre sossegadamente los troncos de los árboles inmediatos á su cuna, no es ya para triturar ni combatir: su instinto le lleva, ántes de terminar su existencia, á un fin ordenado por la Providencia, esto es, á desempeñar los oficios propios para perpetuar su raza. El ciervo volante macho, tal como lo vemos, vá en busca de una compañera que le es necesaria al objeto indicado; y suponiéndole un sentimiento de que carece, ¡cuánto no debiera ser su descontento al encontrarse de improviso, como lo ha ideado el autor del bello cuadro que presentamos, con un enemigo tan poderoso y desapiadado como el felino que le sale al paso y que con sus agudos dientes y afiladas uñas pronto, y como no sea sino por juego, puede terminar, en la hora de los amores, su eremítica existencia! Un medio seguro le queda al insecto para salvarse. ¿Abrirá sus élitros y desplegará sus alas para volar, como lo hace para ir en busca de la hembra? Creemos que el instinto de conservacion se lo aconsejará.—S.

EL DOLOR DE LA VIUDA.

(Véase el grabado de las páginas 28 y 29).

Desolada mujer, feliz un tiempo;
¿Quién negarte podrá su simpatía,
Cuando el retrato ves del fiel consorte,
Inmóvil, muda y de dolor transida?
¡El es! ¡Oh, sí! Naturalaleza, en vano
Contra el númen luchaba del artista,
Que, penetrando audaz en su hondo seno,
Le robó los secretos de la vida.
¡El es! ¡Oh, sí! ¿No es esa la mirada
Que de su amor profundo respondía?
¿No es ese el tierno labio, cuyas frases
Te embriagaban cual música divina?
La noble frente, en que tenaz idea
Para entrambos soñaba eterna dicha,
¿En tí no está pensando? Su alma toda
¿Por tí, pese á la muerte, no palpita?...
¡Sufre! Avivar del corazon sensible
El ARTE hoy pudo la reciente herida;
Mañana le dirás: —¡Bendito seas,
Pues me vuelves su dulce compañía!—

VENTURA RUIZ AGUILERA.

versal y tanto más digno de estudio en cuanto se aparta del que parece propio de la bella mitad del género humano. La mujer en general, y en la especialidad de mujer artista, siente una irresistible afición á todo lo que sale de la regla y del método; su norma es el capricho. Sarah Bernhardt se halla dentro de la ley en cuanto á esta condicion; pero la mujer no llega á realizar sus caprichos, á darles formas tangibles, pues no tiene fuerzas suficientes para ello; y en todo caso lo hace de una manera vaga y sin precision, sirviéndose por lo mismo de las artes acústicas (poesía y música), que son las que ponen ménos trabas á la inspiracion. Aquí Sarah no es ya mujer; aparece una idea en su cerebro y al mismo instante quiere ponerla en práctica; ningun obstáculo le arredra y con sus esfuerzos, inconcebibles casi en una organizacion tan extraordinariamente débil como la suya, consigue al fin su objeto. Inspirada estuvo el día en que á su cifra añadió el lema *Quand même* (á pesar de todo), pues no podía escoger frase más propia para pintar su carácter de una plumada.

Sarah Bernhardt es la demacracion personificada. Delgadísima en extremo y de angulosas facciones, suple la falta de morbidez y belleza de formas por una elegancia y una expresion que cautivan. Tanta y tan variada es la expresion de su fisonomía, que á cada momento varia el aspecto de sus facciones; la conformacion de los varios detalles que constituyen su cara, queda ofuscada por el fulgor de la mirada y aquel no sé qué que imprime en las facciones un cerebro pensador. Notabilísimos artistas franceses han pretendido hacer su retrato; hemos cotejado algunos entre sí y parecen de distintas personas. Véanse y compárense los de M. Clairin, de M. Bastien Lepage y de Mlle. Abbema.

Sarah Bernhardt fué educada en el convento de Grandchamp en Versalles, uno de los más aristocráticos establecimientos de Francia, y en él dió pruebas de una inteligencia precoz y nada comun. Al salir, siendo preguntada acerca de sus aficiones, dijo resueltamente que sentia vocacion por la vida religiosa, pero despues cambió de parecer y cayó en el extremo opuesto: queria ser actriz.

Entró en el Conservatorio, habiendo recitado en el exámen que precede al ingreso la sencilla fábula de Lafontaine *Les deux pigeons* (Los dos pichones). Recibió allí lecciones de Provost y Samson, los dos primeros profesores de declamacion con que ha contado el Conservatorio de Paris, y terminó sus cursos ganando un primer premio. En seguida formó parte de la *Comedia Francesa*, teatro nacional subvencionado por el Estado; pero no pudo ó no quiso soportar las exigencias y las vejaciones que en todos los teatros y especialmente en los de la importancia del *Teatro Francés* sufren los principiantes, y dejó aquella escena para entrar en la del *Gimnasio*, que abandonó tambien al poco tiempo. Entonces llegó hasta á representar en una comedia de magia del teatro de la *Porte Saint-Martin*, pero logró ser contratada por el del *Odeon* y desde aquel momento empezó á salir de la oscura condicion en que habia estado sumida hasta entónces.

Consecuencia de los triunfos alcanzados en aquel teatro fué la vuelta al de la *Comedia Francesa*, de cuyo escenario ha sido una de las lumbreras. Innumerables son los personajes por ella creados que siempre convertia, segun expresion de uno de sus biógrafos, en los más importantes del drama.

Pero un día el público no se mostró tan entusiasta admirador de la actriz como de costumbre, y ella aprovechó la ocasion para romper el contrato que la ligaba con el *Teatro Francés*, admitiendo las ventajosas propo-

siciones que se le hacian para un teatro de Londres, donde alcanzó, segun la frase proverbial, honra y provecho. Reorganizó despues en Francia su compañía, y con ella emprendió la série de viajes que empezaron por la memorable excursion de los Estados Unidos y acabarán Dios sabe dónde. Todos nuestros lectores tendrán noticia de las ovaciones, algunas veces exageradas, que los norte-americanos tributaron á la actriz francesa, así como de las dramáticas peripecias de su viaje por Rusia.

Mas no se limita á la interpretacion de las obras dramáticas el talento de Sarah Bernhardt. En 1869 se representaba en el Odeon el drama *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, en cuya obra obtenia Sarah grandes aplausos; un escultor, M. Mathieu Meusnier, le pidió permiso para modelar su busto con el traje de doña María de Neubourg. Accedió la actriz, y en las varias sesiones que se necesitaron para dar fin al modelado del busto, notó en ella el escultor un profundo sentimiento del arte; sus críticas eran siempre justas y sus observaciones precisas y exactas.—¿Por qué no se dedica usted á la escultura? le dijo al finalizar una de las sesiones en que mayores pruebas habia dado de competencia.—Es verdad, contestó ella, creo que tengo algunas disposiciones; quiero ser escultora.—Era ya hora de ir al teatro; pero la nueva idea se habia concentrado en su cerebro, y aquella misma noche, despues de dar la funcion, despertó á una tia que vivia con ella para que hiciera de modelo, y hasta las seis de la madrugada trabajó en su primer medallon en barro. Al volver el escultor encontró muchas y buenas cualidades en aquel boceto y auguró á la nueva artista un risueño porvenir. De este modo principiaron los trabajos escultóricos de Sarah Bernhardt. Los que más han llamado la atencion en Paris son los bustos expuestos en el Salon ó Exposicion de bellas artes de 1873; otro busto de una jóven que figuraba en el Salon de 1875, y especialmente un grupo, *Despues de la tempestad*, expuesto en el de 1876, al que concedió el jurado una mencion honorífica.

Tambien es pintora, y en sus marinas y paisajes se descubren notables bellezas. Para completar su vida artística ha dedicado tambien su actividad á la literatura, publicando un libro en que relata sus impresiones en una ascension en globo, y encargándose en el periódico de Paris *El Globo*, de la crítica de la Exposicion de bellas artes. Sus artículos eran leídos con avidez y fueron muy celebrados, tanto por lo notable del fondo como por la gentileza de la forma.

Y sobre todas sus cualidades tiene la tan necesaria de conocer el mundo en que vive. Siguiendo el consejo de Voltaire: *Trabajad tanto para el éxito como para las mismas obras*, explota lo que los franceses llaman la *reclame*, el bombo, siempre que puede. Pero despojada del falso oropel que la publicidad exagerada le presta, la figura de Sarah Bernhardt brilla por sí sola con la aureola del verdadero talento.—J. M. F.

DRAMÁTICOS ESPAÑOLES.

Fragmento del drama inédito titulado:

LA MEJOR CORONA.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA V.

El Rey, don Melendo y doña Teresa, que sale del oratorio.

TERESA. ¿Aquí tú?

REY. Teresa mía

¿lo extrañas?

TERESA. (¡Siempre á su lado

ese hombre!)

MELENDO. (Se ha demudado). (Ap. al rey.)
 TERESA. (Inútilmente porfia).
 REY. Te buscaba.
 TERESA. ¿Para qué?
 (Lo sabe).
 REY. Que hablarte tengo.
 TERESA. Di.
 REY. ¿De dónde vienes?
 TERESA. Vengo
 de mi oratorio.
 REY. Lo sé;
 ¿pero antes de ahora?
 TERESA. Perdona.
 ¿Me preguntas?...
 REY. ¿Será en vano?
 TERESA. ¿Qué dudas? Eres mi hermano
 y ciñes una corona.
 Mas no extrañes si ahora callo.
 REY. Abusas de mi indulgencia.
 TERESA. Estamos en la presencia...
 REY. De un pariente.
 TERESA. De un vasallo.
 REY. Hermana, desdicha es rara
 hallar, cuando á hablarte llego,
 en tus labios el despego
 y el desamor en tu cara.
 Pese á los fraternos lazos
 me esquivas. ¿Por qué te enojas?
 ¿por qué una vez no te arrojas,
 hermana mia, en mis brazos?
 ¿Tienes dolor? ¿Tienes penas?
 Di.
 TERESA. (Es verdad; ofendo al cielo).
 REY. ¿Por qué rehuendo el consuelo
 á soledad te condenas?
 TERESA. Alfonso, si tu intencion
 es culparme, no te arguyo.
 ¿Por qué no mostrar al tuyo,
 entero mi corazón?
 ¿Por qué este rubor no venzo,
 y, humilde, como deseas?...
 REY. ¡Rubor!
 TERESA. No por eso creas
 ni pienses que me avergüenzo.
 Amo á un hombre; pero no
 por eso á mi cuna falto.
 Está tan alto, tan alto
 que apenas le alcanzo yo.
 REY. ¿Mi hermana es ménos que un hombre
 por noble que sea su cuna?
 TERESA. Tal vez.
 REY. ¿Será por fortuna
 esclarecido su nombre?
 ¿Cómo se llama?
 TERESA. Almanzor,
 y mi afecto no me engaña;
 no pasó de África á España
 un hombre de más valor.
 Tiene el sello soberano,
 sello indeleble y profundo
 de los señores del mundo.
 MELENDO. (¿Lo oís?) (Al rey al oído.)
 REY. Pero no es cristiano.
 TERESA. Pues si lo fuera, ¿podría (Con exaltación.)
 quien por él pierde el reposo,
 desear mejor esposo?
 Si fuera así, te diría:
 «A quien manda en mi albedrío
 dí mi fe firme y profunda;
 echa la santa coyunda
 sobre su cuello y el mio.
 Y si su alcurnia no es alta,
 no te turbe esa zozobra.
 Yo tengo y hasta me sobra
 la nobleza que á él le falta.»
 REY. ¿Y si te ofrezco quizás
 otro marido?
 TERESA. Eso no.
 Las mujeres como yo
 aman una vez no más.
 REY. Pues yo casarte pretendo
 con hombre de nuestra fé.

TERESA. ¡Oh! No lo intentes.
 REY. ¿Por qué?
 TERESA. Decídselo vos, Melendo.
 Decidle que mi decoro
 no lo permite; es en vano.
 REY. ¿Entre un moro y un cristiano
 dudas?
 TERESA. No. Prefiero al moro
 REY. ¿Dejaras tu religion?
 TERESA. Antes mi vida concluya,
 mas si él dejase la suya...
 ¡Virgen de mi corazón!
 REY. Tu amor afecto es liviano
 y culpable.
 TERESA. ¿En qué lo ves?
 REY. ¿En qué? en tu eleccion.
 TERESA. Tal es
 el moro, y tal el cristiano.
 REY. ¿Luego ya el hombre conoces
 que prefiero?
 TERESA. Y me da enojos.
 Hace tiempo que sus ojos
 me lo están diciendo á voces.
 Si: le conozco y es tal
 su ruindad, tal su bajeza,
 que le esquivo la nobleza
 y el pueblo le quiere mal.
 REY. Decid, ¿qué entendeis entonce
 por noble?
 TERESA. ¡Basta! ¿Esto pasa?
 MELENDO. Los blasones de mi casa
 fundidos están en bronce.
 TERESA. Será así; mas yo lo entiendo
 de un modo muy diferente.
 Hoy por hoy, el más valiente
 es el más noble, Melendo.
 A la guerra los varones
 á ganar sus timbres van.
 Ahora es el tiempo en que están
 fundiéndose los blasones.
 REY. Es de mi corte el primero
 don Melendo.
 TERESA. ¿En qué batalla
 no fué el último?
 MELENDO. Yo...
 REY. (A don Melendo.) ¡Calla!
 TERESA. ¿Eso dice un rey guerrero?
 Mientras tus vasallos nobles
 tu reino van ensanchando
 y rezan á un tiempo dando
 cuchilladas y mandobles;
 que en esta larga jornada
 no tienen ya, por lidiar,
 ni tiempo para adorar
 más cruz que la de su espada,
 ese, esclavo de tu ley
 más que de Dios al servicio,
 ejerce el cómodo oficio
 de favorito de rey.
 REY. Obedece.
 TERESA. Eres injusto.
 REY. Basta.
 TERESA. Y tu rigor me espanta.
 ¡Das á tu hermana, á una infanta
 marido contra su gusto!
 REY. Ese Almanzor...
 TERESA. Hoy le dí
 la postrera despedida.
 A Dios consagro mi vida.
 REY. ¿Le olvidarás?
 TERESA. ¡Ay de mí!
 prometo no verle más:
 prometo luchar; prometo
 tener mi dolor secreto:
 pero olvidarle ¡jamás!

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ,
 de la Academia Española.

ALCALDE. ¡Yo!

AGUSTIN. Sí; pero mi ciencia será en balde para ver que el bribon es el alcalde.

ALCALDE. ¡Ah! Vamos.

AGUSTIN. Y así al ánimo perplejo doy la tranquilidad con un consejo.

ALCALDE. Y usted ¿cómo ha podido aprender todas esas relaciones?

AGUSTIN. ¡Con el sexto sentido!

ALCALDE. ¿Cuál es?

AGUSTIN. Ver y no ver.

ALCALDE. Ya: ver visiones.

Con que, si usted quisiera saber lo que ahora pienso...

AGUSTIN. (*Mirándole con fijeza*). Le dijera: que me tiene por loco ó por pillo.

ALCALDE. (*Asustado*). ¡Es verdad! ¡Virgen María!

AGUSTIN. Que me ha entendido poco y que me ha creído menos todavía.

ALCALDE. Ha estado usted certero; y ahora, en recompensa, le admiro.

AGUSTIN. Pché; no quiero saber lo que usted piensa.

ALCALDE. (*¡Ah tuno!*)

AGUSTIN. Es mal resabio.

ALCALDE. (*Pues el jugadorcillo, si puede no ser sabio, no puede no ser pillo*).

AGUSTIN. Desde ahora, con franqueza se lo digo, si usted con otro amigo ó varios, es igual, ó la señora quiere venirse dentro de una hora, mi casa se honrará con su presencia.

ALCALDE. Tanto favor me humilla.

AGUSTIN. Y le haré una advertencia, y es que se vengan antes que la villa se entere y sea mayor la concurrencia.

ALCALDE. ¡Gracias!

AGUSTIN. (*Con esta industria que discurro vendrá mi parentela, que en su casa la hora de siesta pasa, y entre ella el fiero matador del burro*).

ALCALDE. ¿Es aquella la puerta?

AGUSTIN. Sí, señor.

ALCALDE. Pues hasta otro ratito.

AGUSTIN. Servidor.

ESCENA III.

Agustin, Perico.

AGUSTIN. ¿Escuchabas, buena pieza?

PERICO. Sí.

AGUSTIN. ¿Y te agrada mi proyecto?

Si le hallas algun defecto habla con toda franqueza.

PERICO. ¿Es el alcalde pariente de usted?

AGUSTIN. Esposo de mi tia.

PERICO. ¿Debe heredar?

AGUSTIN. No: debía, lo cual es muy diferente.

PERICO. ¿Por qué han de traer cubierta la cara? A fe que no acierto...

AGUSTIN. ¡Bah! Porque un rostro cubierto es un alma descubierta. Velo es la serena frente que mil traiciones apaña, velo la risa que engaña, velo la boca que miente. Velo es el llanto falaz, la expresion de duelo ó calma: no tuviera velo el alma si no tuviera la faz. Y aunque un adagio constante espejo la ha proclamado, ese adagio... lo ha inventado alguna beidad andante. Cual rio cuya corriente vá dibujando sencilla

el paisaje de la orilla, ya triste, ya sonriente, ora un rosál, luego un sauce, una cabafia, una quinta, y con tanto como pinta jamás deja ver el cauce, así es el rostro y verás que tengo yo buen consejo al decir que es el espejo del alma... de los demás. El que adula, llora ó ríe el dolor ó dicha agena; el que acecha, con serena faz á su contrario engríe; uno su yerro patente disculpa con faz contrita; otro la sóspecha evita con ademan insolente; y así por regla inconstante verás del principio al fin que es el mundo el figurin que arregla nuestro semblanté. Y yo, con ojos serenos cuando esta ventura arrostro, me he dicho:—Tapando el rostro veré una careta menos. Suponiendo que ha pensado usted bien, con esa ciencia ¿vá á sondear la conciencia de esa gente?

PERICO.

AGUSTIN.

PERICO.

AGUSTIN.

PERICO.

AGUSTIN.

PERICO.

AGUSTIN.

PERICO.

AGUSTIN.

Has acertado.

Y suponiendo que aquí cada quisque su alma enseña, ¿siendo la falta pequeña dejará rastro de sí?

Sí.

Señor, hablando en plata, el haber muerto á un jumento no dará remordimiento ni al alma más timorata.

El burro es cuestion de nombre: yo afirmo ante el mundo entero que un burro que es heredero de un caudal, es casi un hombre. Y pongo el *casi* por si ocurre la contingencia de quedarse sin la herencia como me ha pasado á mí.

Es verdad y yo discurro que si la herencia da el nombre y él subió hasta casi hombre... Yo he bajado á casi burro. Tienes razon.

Yo no quiero decir... (*Aparte*). La cosa es probada: no hay en el mundo burrada como no tener dinero.

Vete al pasillo y desde él escucha con atencion.

ESCENA IV.

Dichos y doña Úrsula.

PERICO. (*Viendo entrar á doña Úrsula*). Se nos entró de rondon.

D.^a ÚRSULA. (*Con careta*). ¡Mi curiosidad cruel!

PERICO. (*¿Quién será?...*)

AGUSTIN. Si es la criatura más curiosa del lugar, ¿cómo has podido dudar?

PERICO. ¡Esta es el ama del cura! Necia ha sido mi pregunta y á fe que me causa grima. Y ¿es ésta parienta?

AGUSTIN. Prima y burricida presunta).

(Continuará).

	Pág.
El ciervo en el bosque. Composición de Julio Marak..	156 y 157
El mentidero, composición de Domingo Muñoz..	180 y 181
Roma: En las catacumbas de San Calixto, dibujo de A. Blaschnik..	184
Roma: Cripta de Santa Cecilia en las catacumbas de San Calixto, dibujo de A. Blaschnik..	185
El tigre, dibujo de Luis Beckmann..	188 y 189
Cautiverio de San Pablo. Cuadro de Pablo Rembrandt..	208
Fachada de la Pellejería en la catedral de Burgos. (De fotografía)..	209
El carnero montés ó «Bighorn» de California, dibujo de F. Specht..	212 y 213
Paisajes del mundo primitivo.—Cuadro primero: Calamariadas..	216
Paisajes del mundo primitivo.—Cuadro segundo: Filicaceas..	217
Paisajes del mundo primitivo.—Cuadro tercero: Tipos lepidodendros..	244
Paisajes del mundo primitivo.—Cuadro cuarto: Subconíferas..	245
La vegetación en las altas mesetas de la Argelia.—Alfóncigos silvestres, dibujo de G. Vuillier..	220
El amor á orillas del Dnieper, composición de W. Stryowski..	221
Casas Consistoriales de Constanza. (De fotografía)..	241
Mascarilla de Federico Schiller..	249
El oso blanco dando caza á una foca, dibujo de Luis Beckmann..	252 y 253
La vocación de San Mateo. Cuadro de Alejandro Bida..	276 y 277
La corza y su pequeño. Composición de Karl Bodmer..	281
Cascada de Paulo Affonso, en el Brasil. (De fotografía)..	284 y 285
Dofia Isabel de Portugal. Copia de un cuadro de Juan Bautista Morone..	305
Homenaje tributado á Ceres por los genios de la abundancia. Cuadro de Rubens..	308
Los dos caminos. Cuadro del profesor Spangenberg..	309
Las novicias. Cuadro de Jorge Cornicelius..	313
Venezuela: El mundo animal en la cuenca del río Escalante. Dibujo del natural, por A. Goering..	316 y 317
Comadreja saqueando un nido de cuervos, dibujo de F. Specht..	336
Una maritornes partiendo cebollas. Cuadro de T. de Beek..	337
Un duelo á muerte. Cuadro de G. de Peerdt..	340 y 341
Los chinos en California.—El escenario del Royal-Theatre, dibujo sacado del natural..	360
Los chinos en California.—El vestuario del Royal-Theatre, dibujo sacado del natural..	361
Dofia Juana la Loca ante el cadáver de su esposo. Cuadro de Francisco Pradilla..	364 y 365
El buen samaritano. Grupo en mármol de Carlos Kundtmann..	368
Idilio, por Mariano Fortuny. (Copia de un agua fuerte de la colección que posee su amigo, el pintor D. Tomás Moragas)..	369
El gorrión y su nido. Composición y dibujo de H. Giacomelli..	372 y 373
Los buzos y aparatos de salvación en el fondo del mar, dibujo de R. Aasmus..	393
Goya. Copia del cuadro pintado por D. Vicente Lopez, existente en el Museo del Prado de Madrid. Dibujo de J. García..	396 y 397
La odalisca..	401
Exposición de las industrias artísticas, en Leipzig.—Biombo pintado por Woldemar Friedrich, de Weimar..	404 y 405
Candelero alemán de la época del Renacimiento, dibujo de Sellier..	425
Caton el joven arrchatado del Senado romano. Copia del cuadro de Benjamin Ulmann, dibujo del mismo autor..	428 y 429
Los kanguroos del Jardín Zoológico de Londres, dibujo de Luis Beckmann..	433
Dama tunecina. (De fotografía)..	436 y 437
Insecto gigante de la Nueva Guinea. (Tamaño natural)..	457
Caida de Jesucristo llevando la cruz. Cuadro de Rafael..	460 y 461
Soldados de Chile, Perú y Bolivia. (De fotografía)..	464
La Virgen y san Juan volviendo del sepulcro del Redentor. Cuadro de Bernardo Plockhorst..	465
Entierro de Jesús. Cuadro de Pablo Delaroche..	468 y 469
Canarios ingleses, dibujo de Fedor Flinzer..	489
Expedición alemana al polo Norte.—Vista del brazo de mar y tierras cercanas á las que el teniente Julio Payer dió el nombre del emperador Francisco José. (De fotografía)..	492 y 493

	Pág.
Caballos de las estepas de Rusia durante una tempestad de nieve. Cuadro de C. Suhrlandt..	500 y 501
El cementerio antiguo de los judíos en Praga. (De fotografía)..	517
Amolfi. (Copiado del natural por Arturo Blaschnik)..	524 y 525
Belleza romana. (Copia de una oleografía)..	528
Indios peruanos y bolivianos. (De fotografía)..	532 y 533
Jóven florentina. Cuadro de Francisco Granacci..	548
Ballena varada, dibujo de F. Specht..	549
Ilustraciones tomadas de la Iconografía de «D. Quijote:»	
Donoso escrutinio de la librería de D. Quijote. (Edición de Londres de 1858)..	556 y 557
Despertó, al fin, Sancho soñoliento. (Edición de París de 1862)..	id.
Industria que tuvo Sancho para encantar á Dulcinea. (Edición de Londres de 1858)..	id.
Portada de la primera edición que se publicó con láminas. «Llégate á mí y mira cuantas muelas...» (Edición de París de 1836-37)..	id.
Llega don Quijote á la casa del caballero del verde gaban. (Edición de Praga de 1866-68)..	id.
El cura y el barbero visitan á don Quijote enfermo. (Edición de Madrid de 1765)..	id.
Manteamiento de Sancho. (Edición de Boston de 1837)..	id.
Aventura del carro de las Cortes de la Muerte. (Edición de Madrid de 1735)..	id.
Facsimil de la portada de la primera edición. (Edición fototípica hecha por el Excmo. Sr. D. F. Lopez Fabra)..	564
Facsimil de un fragmento del capítulo XVI de la Segunda parte. (Edición fototípica hecha por el Excmo. Sr. D. F. Lopez Fabra)..	567
La Armería Real de Turin..	561
Campesinos servios. Cuadro de W. A. Beer..	565
Muchacha montañesa de Noruega. Cuadro de Siegwald Hans..	585
La infancia..	588 y 589
La agonía, por Mariano Fortuny. (Copia de un agua fuerte de la colección que posee su amigo, el pintor D. Tomás Moragas)..	592
El paro azul.—Composición de K. Bodmer..	593
Después del baile.—Cuadro de Enrique Gervex..	596 y 597
Estados Unidos.—Tren de ferro-carril en la garganta Real ó gran Cañon de Arkansas. Dibujo del natural por H. Worral..	617
Venus Anadiómena. Cuadro de Guillermo Marc..	620 y 621
Los gauchos, dibujo de A. Goering..	624
Las aguadoras, carton para tapicería, por Goya..	625
Templos indios.—Torre de la pagoda de Vilnour, cerca de Pondichery, dibujado del natural por M. de Bérard..	628
Una víctima del invierno, composición de G. Arnould..	629
Obra maestra de la industria moderna..	649
Lucha entre un Elan y una manada de lobos, dibujo de F. Specht..	652 y 653
Wagon del ferro-carril atmosférico de Nueva York.—Tubo interior de un wagon..	656
Genio guardando la urna que encierra el secreto de la muerte. Estatua en mármol de René de Saint-Marceau..	657
La civilización en Siam.—Tipos de la corte. (De fotografía)..	660 y 661
Una botida. Composición de Fedor Flinzer..	680
Cripta del monasterio de Capuchinos en Palermo. Dibujo del natural..	681
Cosaco de la Ucrania. Composición de José Brandt..	684 y 685
El antilope ó algazel de Abisinia. Dibujo del natural por W. H. Freeman..	688
La pequeña nifera. Cuadro de A. Korsujin..	689
Calderon de la Barca. Copia del retrato que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. Dibujo de J. García..	692 y 693
Los únicos amigos. Cuadro de Eugenio de Blaas..	713
Angustias de una madre. Cuadro de Schenck..	716 y 717
Lucha entre el arcángel San Miguel y Satan, por la posesión del cadáver de Moisés. Cuadro de Bernardo Plockhorst..	724 y 725
El mensajero de amor.—El retrato del novio. Cuadros de C. Chaplin..	748 y 749
El panda. Dibujado del natural por E. Gessner..	753
La réprimenda. Cuadro de Lemoj..	756
Lucha entre un arnifo y una rata migratoria. Composición de F. Specht..	757

LÁMINAS CROMO-LITOGRAFIADAS.

	Pág.
Bajo Egipto..	9
Coral..	145
Anémonas de mar..	243
Galeolaria anaranjada. (Medusa de la costa de Niza).—Apól-	

	Pág.
mia contorneada. (Medusa de la costa de Italia)..	301, 302
La Buena Ventura.—Copia de una acuarela de José Llovera..	344
Una avanzada de caballería.—Copia de un cuadro de Ricardo Balaca..	534